

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

CITA EN MIAMI

Adam Surray



Norman Weston entornó los ojos.

Fijos en el individuo que permanecía frente a él.

Un hombre joven. Atlético. De rostro bronceado y correctas facciones. Abundante pelo le caía rebelde sobre la frente. Sus ojos eran grises, de un sempiterno brillo marcadamente burlón.

Vestía chaqueta *sport*, camisa de bámbula rayada en azul a juego con pantalón de sarga.

¿Un jugador de basketbol?

¿*Un play-boy*?



Adam Surray

Cita en Miami

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1464

ePub r1.0

Lds 26.12.18

Título original: *Cita en Miami*

Adam Surray, año de 1.^a publicación en idioma original

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Norman Weston entornó los ojos.

Fijos en el individuo que permanecía frente a él.

Un hombre joven. Atlético. De rostro bronceado y correctas facciones. Abundante pelo le caía rebelde sobre la frente. Sus ojos eran grises, de un sempiterno brillo marcadamente burlón.

Vestía chaqueta *sport*, camisa de bámbula rayada en azul a juego con pantalón de sarga.

¿Un jugador de basketbol?

¿Un *play-boy*?

¿Un hombre de Hollywood...?

Norman Weston resopló con fuerza a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

Aquel individuo era Stanley Garret, agente del Federal Bureau of Investigation.

—Tome asiento, Garret.

—Estoy bien así, señor.

—¡Siéntese, maldita sea!

Stanley Garret obedeció con cómica precipitación dejándose caer en el sillón de negro cuero situado frente a la mesa escritorio.

—Está bajo expediente disciplinario, ¿no es cierto, Garret?

—Sí, señor.

—He oído comentarios sobre su nuevo destino. Creo que van a trasladarle a la bella Alaska.

Garret forzó una sonrisa.

—Tal vez pueda influir por mí, señor.

—¿Quién...? ¿Yo? —Norman Weston agrandó los ojos—. ¿Olvida que fui yo quien sugirió abrirle expediente? Se lo advertí claramente, Garret. Su reiterada desobediencia tenía que conducirle

a esto. No es el primer expediente disciplinario que sufre y apuesto que el de ahora tampoco será el último.

—No, señor.

Norman Weston se reclinó en el sillón giratorio.

Cansinamente.

Frisaba en los cincuenta años de edad. Veinte de ellos dedicados al servicio del FBI. Actualmente era el Agente Especial Encargado con mando en San Francisco.

—Ha sido seleccionado para una importante misión, Garret. No, no me lo agradezca... Son órdenes de Washington. Le han elegido a usted como uno de los agentes más adecuados para el caso. Eso al menos señaló la computadora.

—¿Quién?

El rostro de Norman Weston dibujó una mueca.

—Sí, Garret. Ha oído perfectamente. En el Departamento de Justicia de Washington, en nuestra sede central, hay una computadora que memoriza todos los trabajos de nuestros agentes. Junto con sus características más acusadas, sus virtudes, sus vicios... ¡Si Hoover levantara la cabeza!

—Procuraré no hacer quedar mal a la computadora.

Weston ignoró el irónico comentario de su subordinado. Abrió uno de los cajones de la mesa escritorio para extraer una carpeta de negras tapas.

—La misión es *top secret* y nos esforzaremos en que siga así. De llegar a conocimiento público se sembraría el terror por todo el país.

—¿De qué se trata, señor?

—¿Ha oído hablar de Denholm Hiller?

—Por supuesto. El doctor Denholm Hiller. A los tres años de edad ya jugaba con átomos.

—No es momento de bromas, Garret.

—¡No estaba bromeando!, señor. Denholm Hiller fue un niño prodigio que...

—¡Denholm Hiller tiene ahora setenta años de edad!

—Sí, señor.

—Ciertamente fue un niño superdotado. Toda su vida dedicada a la Ciencia. Miembro de la National Aeronautics and Space Administration y de la Atomic Energy Commission, candidato al

Nobel... Hiller perfeccionó la bomba de neutrones, fue el inventor del tele-láser, el descubridor de la máquina taladro-espacial... Un gran hombre.

—Un buen norteamericano —asintió Stanley Garret—. Amante de su país. De ahí que perfeccionara la bomba de neutrones. No sólo se mantendrían intactas las ciudades sino que aniquilados sus habitantes servirían de abono para las zonas verdes. Algo maravilloso.

—No le resulta simpático, ¿eh?

Stanley Garret se enfrentó a la severa mirada de su superior.

—No, señor. Sus principales descubrimientos científicos siempre han sido artefactos bélicos nucleares.

—¿Acaso no los considera necesarios para la paz? —inquirió Weston secamente—. ¿Cree que la URSS nos respetaría de ser una potencia nuclear débil? Es también el armamento nuclear de los rusos el que nos mantiene a nosotros prudentes. Estamos en un correcto equilibrio. Y mientras ese perfecto equilibrio se mantenga nada ocurrirá. Hombres como el doctor Denholm Hiller son los que hacen posible la paz, ¿comprende?

—No, señor.

—¿De veras? Su habitual cinismo no le cataloga como individuo idealista, Garret. El mundo es como un gigantesco polvorín. La URSS y nosotros disponemos de mecha; pero China está en condiciones de hacerlo volar, también Inglaterra... e incluso Francia. Les sería muy fácil si contaran con un hombre como Denholm Hiller.

Stanley Garret arqueó las cejas.

Creyó adivinar la misión que le encomendarían.

—¿Han secuestrado al doctor Hiller?

—Algo peor que eso.

—¿Peor?

—Sí, Garret. Denholm Hiller ha desaparecido. Por su propia voluntad. Se ha llevado consigo los *dossiers* más importantes realizados para la Atomic Energy Commission y la NASA, los diseños de armas nucleares en fase de experimentación... y todo el trabajo realizado hasta la fecha de la Operación Día Final.

—Jamás había oído mencionar esa operación.

Weston afirmó con un lento movimiento de cabeza.

—No lo dudo. También yo la desconocía. Es y se mantiene como

top secret. Sólo el profesor Hiller y dos científicos más trabajaban en ello secretamente. Únicamente el Presidente y contados altos cargos del National Security Council conocían los experimentos de la Operación Día Final. Fundamentados en la fabricación de un arma bacteriológica capaz de aniquilar a todo ser viviente en cuestión de segundos.

—Fabuloso.

—Creo que no se percata de la gravedad del caso, Garret.

Por primera vez desapareció el brillo burlón en los ojos de Garret. Endureció sus facciones.

—Todo lo contrario, señor. Son los... altos mandos los que no se han percatado de ello. El presidente Nixon ordenó la destrucción de todas las armas bacteriológicas almacenadas en Pine Bluff. También se prohibió su empleo y fabricación. Eramos conscientes del peligro. Los virus almacenados en Pine Bluff eran capaces de aniquilar unas veinte veces a todo descendiente de Adán y Eva. ¡Y ahora resulta que se trabaja nuevamente en armas bacteriológicas!

Norman Weston se encogió de hombros.

—¿Se sorprende? No sea ridículo, Garret... Contabilizando todos los arsenales nucleares de las superpotencias se puede calcular que a cada habitante de la Tierra, le corresponde, si la memoria no me es infiel, y no creo, quince toneladas de dinamita. ¿Por qué no trabajar en un arma bacteriológica? Tan absurdo y monstruoso es un método como otro. En la denominada Operación Día Final, se fabricaba un virus artificial que, al simple contacto con el aire, se propaga con asombrosa facilidad envolviendo a una ciudad y aniquilando a sus moradores en cuestión de segundos. Con sólo respirar el aire caerían fulminados. Bautizaron al nuevo virus con el nombre de

Nero-X.

Se encierra en esferas de vidrio térmico. Cada esfera con capacidad de destrucción en un radio de cincuenta kilómetros cuadrados. Pueden detonarse a distancia o por medio de un lanzador ligero. El Nero-X

estaba en fase de experimentación y estudio pero el doctor Hiller se llevó todo el trabajo realizado hasta la fecha. Incluido un maletín con tres esferas repletas de Nero-X.

Stanley Garret casi salta del asiento.

—¿Cómo?

—Ha oído perfectamente, Garret. Y no sólo eso. También se ha llevado el prototipo del Jimmy-77.

Garret sí había leído algo relacionado con el Jimmy-77.

El lanzador de microbombas atómicas.

Destruyores proyectiles dotados de cabeza buscadora a base de rayos infrarrojos. Todo ello en un arma de fácil manejo y ligero diseño; pero de mortíferas consecuencias.

—Pero..., ¿por qué? ¿Cuáles son las intenciones de Denholm Hiller?

Norman Weston, por toda respuesta, rebuscó en la carpeta de negras tapas. Extendió un plano sobre la mesa.

—¿Lo reconoce, Garret?

—Sí, por supuesto. Es el plano de la ciudad de Miami. Los quince primeros años de mi vida han transcurrido en Miami.

—Este mapa lo encontramos en el domicilio del doctor Hiller. Junto con una carta que ahora está siendo estudiada por los expertos del FBI. En ella narraba sus proyectos. Destrucción de la ciudad de Miami por considerarla como la zona de recreo de los sucios y corrompidos capitalistas norteamericanos. De Miami tiene proyectado ir directamente a Washington para hacer volar la Casa Blanca.

Stanley Garret sacudió la cabeza.

Parpadeó repetidamente.

—Está... está loco...

—Correcto, Garret. En la máxima aceptación de la palabra. Tenemos pruebas de que Denholm Hiller se ha vuelto loco.

CAPÍTULO II

La proyección terminó.

Norman Weston accionó el interruptor iluminando la estancia. Procedió a retirar la pantalla centrada en una de las paredes.

—Bien, Garret. Ha sido una larga sesión, pero ya conoce todo lo relacionado con la vida, obra y milagros de Denholm Hiller. Sus últimos experimentos, junto con los doctores Kenneth y Cushin, los realizaba en el Laboratorio Atómico de Blattysville. Hace aproximadamente un mes le fue concedido un período de descanso. Denholm Hiller se encontraba fatigado y muchos de sus actos resultaban... inquietantes.

—¿No fue sometido a reconocimiento médico?

—Por supuesto. Se le detectó, junto con un agotamiento físico estimable, un principio de psiconeurosis. Su mente parecía rebelarse a todo trabajo científico. Se le sometió a psicoterapia adecuada y a un total reposo. Durante un mes descansó en su paradisíaca mansión de Adlersburg recibiendo diariamente la visita del psiquiatra. Éste, hace exactamente dos días, le dio el alta. Denholm Hiller se incorporó a su trabajo en el Laboratorio Atómico de Blattysville, y en ese mismo día vació los archivos más secretos, se apoderó de tres esferas de

Nero-X

y de un equipo Jimmy-77. Salió ayer en el avión San Francisco-Miami.

—¿Pasó los controles con semejante equipaje?

Weston asintió con cansino movimiento de cabeza.

—Denholm Hiller fue reconocido en el aeropuerto. Se le dispensó tratamiento de VIP. Uno de los jefes de relaciones públicas del aeropuerto se ocupó personalmente del traslado del equipaje al

avión.

—¿Por qué no se alertó a los servicios de seguridad de Miami?

—¡Maldita sea! ¿Por qué íbamos a hacerlo? —vociferó Norman Weston—. En primer lugar no se tenía idea de esa salida de Hiller y de conocerla tampoco hubiera resultado sospechosa. Denholm Hiller es uno de nuestros más ilustres científicos. Fue al comunicarnos del Laboratorio Atómico Blattysville la desaparición de *dossiers* y demás cuando decidimos investigar en la casa de Hiller. Allí descubrimos el plano de la ciudad de Miami, el de Washington... y los propósitos de Hiller para destruir ambas ciudades.

—Un hombre como el doctor Hiller no puede pasar desapercibido, señor. Su rostro ha aparecido infinidad de veces en todas las publicaciones del mundo. Apuesto a que la policía de Miami ya le ha localizado.

—La Metropolitan Police de Miami no ha recibido ninguna orden relacionada con el doctor Hiller.

Stanley Garret entornó los ojos.

—¿Por qué?

—Usted es un agente del FBI. Se supone que ha superado unos test de inteligencia. ¿Cree que podemos cursar la orden de busca y captura de Denholm Hiller? No es un delincuente ni un traidor. Su trastorno mental le ha impulsado a robar esos documentos y armas experimentales. ¿Imagina el terror que desencadenaríamos en el país divulgando la desertión del doctor Hiller, su mortífero equipaje y sus planes de destrucción? Y no sólo eso. ¡De inmediato caería Sobre nosotros una legión de espías a la caza de esos valiosos *dossiers*! No podemos cursar ninguna orden a la Metropolitan Police de Miami. Por temor a infiltraciones y para respetar la honorabilidad de Denholm Hiller.

—Opino que la seguridad de una ciudad está por encima de...

—Localizaremos al doctor Hiller antes de que ocurra nada —interrumpió Weston secamente—. Hombres seleccionados del Federal Bureau of Investigation ya le están buscando por Miami. Y usted será uno más. Dentro de tres horas sale su vuelo para Miami. Irá acompañado de Lorraine Hiller.

—¿La nieta de...?

—Correcto, Garret. La nieta de Denholm Hiller. —Le hemos

informado de lo sucedido y del trastorno mental originado en Hiller. Está dispuesta a colaborar. Toda la Prensa de Miami publicará la llegada de Lorraine Hiller en un periodo de vacaciones. También las emisoras de radio y televisión se harán eco de la noticia.

—Comprendo. Si Denholm Hiller sabe que su nieta se encuentra en Miami no intentará destruir la ciudad.

—Ésa es nuestra teoría.

—Lógica para una mente normal, pero tal vez a Hiller no le importe sacrificar a su nieta.

—Lorraine es su único familiar. Sus padres murieron en un accidente de tráfico hace ya cinco años. Lorraine y su abuelo mantienen estrechos lazos. Ella se desplaza cada semana desde su domicilio de San Francisco hasta Adlersburg para pasar el *week-end*

con Denholm Hiller. Este idolatra a su nieta. No intentará nada sobre Miami mientras Lorraine permanezca en la ciudad. No dudo que localizaremos a Hiller en un corto plazo de tiempo. Usted mismo lo ha dicho, Garret. Los hombres como el doctor Hiller no pueden pasar desapercibidos. Aquí tiene los pasajes para el avión. Lorraine Hiller se reunirá con usted en el aeropuerto. Tienen reservadas habitaciones en el Seymour Hotel de Miami.

—¿Yo también?

—No acompañará a Lorraine Hiller como agente del FBI sino como amigo de la familia. No queremos despertar sospechas a los astutos muchachos de la Prensa. Compórtese como un individuo más de vacaciones en Miami y, por supuesto, manténgase inseparable de Lorraine. De seguro que Denholm Hiller tratará de establecer contacto con su nieta.

—¿Se desplazará usted a Florida, señor?

Norman Weston se acomodó tras la mesa escritorio.

Abrió uno de los cajones.

—Burt Garrison es nuestro SAC en Miami^[1]. Sólo él y un reducido número de agentes están al corriente del caso Hiller. Sométase a la disciplina de Garrison. En este sobre encontrará una tarjeta de crédito a su nombre y tres mil dólares en efectivo. No repare en gastos, aunque deberá justificar todos ellos. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Firme aquí.

Stanley Garret se hizo cargo del sobre que unió a los pasajes del avión.

—¿Algo más, señor? Me queda muy poco tiempo para preparar mi equipaje y desplazarme al aeropuerto.

—¿Equipaje? ¿Acaso piensa pasar varios días en las playas de Miami? ¡Hay que localizar a Denholm Hiller de inmediato!

—¿Puedo llevar mi cepillo de dientes?

Weston enrojeció.

Contó mentalmente hasta diez.

—En Washington confían mucho en usted, Garret. Puede que en verdad sea un buen agente, pero yo no le quiero bajo mis órdenes. Sigo tramitando su traslado disciplinario a Alaska. Sólo un brillante trabajo en el caso Hiller me hará rechazarlo. Recuérdelo.

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

Stanley Garret abandonó el despacho.

Minutos más tarde salía del edificio donde se emplazaba la sede del Federal Bureau of Investigation en San Francisco.

La captura de un científico loco no resultaba misión agradable, pero significaba una última oportunidad de librarse de su traslado a Alaska.

Alaska...

Garret se estremeció.

Instintivamente.

Optó por pensar en las cálidas playas de Miami doradas por el sol tropical.

Ignoraba que sobre la bella ciudad de Miami se tendía amenazadora la fría y siniestra garra de la Muerte.

* * *

Nulo equipaje.

Sólo un maletín con el cepillo de dientes, dos juegos de ropa interior, un pijama y pequeños objetos personales.

Stanley Garret no conocía personalmente a Lorraine.

La había visto en una de las películas proyectadas por Weston.

Una niña desgarbada que corría como una cabra por la mansión

de Hiller mientras éste la contemplaba embobado.

La filmación tenía unos cinco años de antigüedad. Tomada poco después del trágico accidente que costó la vida a los padres de Lorraine.

Cinco años.

Un lustro que había hecho prodigios en Lorraine.

El avión con destino a Miami ya había despegado.

Y Stanley seguía contemplando asombrado a su compañera de asiento.

Lorraine Hiller. Veinte años de edad. Estudiante de Filosofía.

Lorraine...

Su rostro era de un perfecto óvalo enmarcado por sedoso cabello negro, ojos color del ágata, nariz ligeramente respingona y unos labios deliciosamente gordezuelos.

Lucía un conjunto de dos piezas en seda natural estampada con plisado «soleil». Bajo la tela se adivinaba la turgencia de los breves senos, la frágil cintura y la suave redondez de las caderas.

—Yo no estoy loca, Stanley.

—¿Cómo?

Lorraine sonrió.

—Desde que hemos despegado no has cesado de mirarme como a un bicho raro. ¿Temes que la locura de mi abuelo sea hereditaria?

Los ojos de Garret dejaron de devorar el cuerpo femenino.

No.

Lorraine no había catalogado debidamente la mirada del agente del FBI.

—¡Nada de eso!, Lorraine. Simplemente admiraba tu belleza. Me fue mostrada una película donde aparecías con Denholm Hiller en la casa de Adlersburg.

—Ah, sí... ya recuerdo el reportaje. Tenía en aquel entonces unos quince años.

—Has cambiado mucho, Lorraine.

Los ojos de Garret volvieron a recorrer detenidamente el cuerpo de la muchacha.

Lorraine sí descubrió ahora el lujurioso brillo.

—Todo cambia. Incluso la caballerosidad de los *G-men*.

—No era mi intención ofenderte.

—No lo has hecho, Stanley. No me refería a ti en particular. El FBI, la CIA... organismos de represión que fomentan la violencia para luego combatirla hipócritamente. ¿Qué órdenes te han dado? ¿Disparar y luego contar hasta diez?

—Esa frase es del difunto Hoover —sonrió Garret encendiendo el cigarrillo rechazado por la joven—. Nada de disparos. Mi misión es localizar a tu abuelo e impedir que cometa cualquier disparate.

—Sería normal en un loco, ¿no? La reacción que vosotros habéis provocado. Mi abuelo... el doctor Hiller es un gran científico. Descubridor de poderosos artefactos bélicos nucleares. Mi padre, hijo único de Denholm Hiller, falleció junto con mi madre hace cinco años. Trágicamente. Aquello impresionó mucho a mi abuelo. Quiso retirarse y abandonar toda investigación, pero no se lo permitieron. Debía ultimar el proyecto de fabricación de cohetes movidos por iones. Mi abuelo cedió. Luego le presionaron para otra investigación, otra, y otra... así hasta volverle loco.

—Todos estamos un poco locos, Lorraine.

La joven fijó sus negros ojos en Garret.

Intensamente.

—Voy a decirte algo, Stanley. Algo que he silenciado al inspector Weston. Mi abuelo no está loco.

—Por supuesto. Sólo un poco... trastornado.

—Ni tan siquiera eso —replicó Lorraine ignorando la ironía del agente del FBI—. Desde la muerte de mis padres he pasado largas temporadas con Denholm Hiller. Hemos intercambiado ideas. Profundas conversaciones. Le comenté capítulos de la Filosofía del Espíritu, de Hegel. Paulatinamente pude comprobar cómo el Hiller científico dejaba paso al Hiller humano. Ya no era un cerebro al servicio de la ciencia nuclear, sino un hombre consciente de su yo, ¿comprendes?

—Seguro. Has sido tú quien ha vuelto loco a tu abuelo.

Lorraine parpadeó.

Terminó por reír en alegre carcajada.

—Creo que vas a resultar un agradable compañero, Stanley. Conozco a los de tu especie. Cínico, materialista y carente de escrúpulos. Vacío de sentimientos. Un robot al servicio del sistema establecido. «Agente Garret con la misión de cazar al loco Denholm Hiller». Y el agente Garret obedece como un perro.

Stanley Garret exhaló una bocanada de humo.

Chasqueó la lengua.

—Te equivocas en algunas de tus afirmaciones, Lorraine. No obedezco como un autómatas. Precisamente el actuar por mi cuenta me ha ocasionado muchos problemas en el FBI. Comprendo a Denholm Hiller e incluso considero lógica su súbita locura.

—¡Mi abuelo no está loco!

—Ya. Sólo quiere volar Miami por diversión.

—Eso es absurdo. Mi abuelo jamás hará tal cosa.

—Maduró ese proyecto en Adlersburg. Tenemos pruebas de ello.

—¿Quieres conocer mi hipótesis, Stanley? Mi abuelo intenta someter a los altos dirigentes de Washington a una psicosis de terror. Hacerles recapacitar para que cese la escalada de nuevos artefactos bélicos nucleares. De ahí que se llevara los *dossiers* de los más peligrosos artefactos nucleares en experimentación. Con ello evita que sean perfeccionados y su posterior funcionamiento.

—¿Qué me dices del maletín conteniendo tres esferas de Nero-X y del equipo Jimmy-77?

Lorraine inclinó la cabeza.

Sin encontrar respuesta.

Stanley Garret tomó protectoramente la mano de la joven.

—No te preocupes, Lorraine. Todo saldrá bien.

Poco antes de cumplirse las siete horas de vuelo se anunció el inmediato aterrizaje en el Miami International Airport.

Ya era visible la ciudad.

Miami y Miami Beach.

Sus playas y canales plagadas de lujosos hoteles donde poderosos magnates tostaban sus voluminosas barrigas.

Ajenos al peligro que se cernía sobre ellos.

CAPÍTULO III

Lorraine Hiller respondió a las preguntas de los periodistas en una de las salas del Miami International Airport. También estaban allí las cámaras de televisión.

Los profesionales de la información allí reunidos no consideraban a Lorraine Hiller digna de semejante despliegue, pero cumplían órdenes.

Pregonar la presencia de Lorraine Hiller en la paradisíaca Miami.

¿Por qué?

Lo ignoraban.

—Estaré aquí una semana. O tal vez más. En el Seymour Hotel —recalcó Lorraine pon enésima vez—. Miami es para mí una de las ciudades más queridas.

Stanley Garret, discretamente alejado del grupo, esbozó una sonrisa.

Lorraine desempeñaba muy bien su papel destacando el hotel y su amor a la ciudad. Palabras indirectamente dirigidas a Denholm Hiller.

—Su abuelo no está en el Seymour Hotel, señorita Hiller —dijo uno de los periodistas—. No aparece registrado en ningún hotel de Miami. Hemos tratado de localizarle sin éxito. ¿Ha abandonado ya Miami?

Lorraine se esforzó en mantener la sonrisa en los labios.

—Sigue en Miami, aunque supongo que quiere descansar y de ahí que evite el ser localizado por ustedes.

Yo misma ignoro ahora su paradero. Mi visita a Miami coincide casualmente con la de mi abuelo el doctor Hiller. Fui informada por la Prensa de su estancia aquí. No dudo que el doctor Hiller se

pondrá pronto en contacto conmigo en el Seymour Hotel.

Después de algunas otras rutinarias e intrascendentes preguntas se dio por concluida la rueda de Prensa.

Lorraine acudió junto al sonriente agente del FBI.

Se encaminaron hacia una de las salidas.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Perfectamente, Lorraine. El reportaje de tu llegada a Miami será emitido por todos los canales de televisión en sus informativos de esta misma noche, divulgada por la radio y mañana aparecerá en los periódicos.

—¿Tanto alarde informativo no resultará sospechoso para la opinión pública?

—En absoluto. Sólo los mismos periodistas parecen algo mosqueados, pero es normal el dar jabón a los ilustres personajes y sus allegados.

El equipaje de Lorraine ya había sido trasladado a un aerodinámico «Chevrolet-Monza». Un rojo *coupé* de tres puertas y cuatro plazas.

—¿Dónde has conseguido el auto, Stanley?

—Un compañero del FBI nos esperaba —comentó Garret acomodándose frente al volante.

—¿Se sabe algo de...?

—No, Lorraine. Ninguna noticia.

El «Chevrolet» abandonó el *parking* del Miami International Airport. La ciudad distaba unos doce kilómetros.

Gran parte del trayecto fue realizado en silencio.

Sólo al adentrarse en el centro de la ciudad Lorraine rompió su mutismo.

—Pareces conocer muy bien Miami.

—En efecto. Nací en North Miami. Mi padre era agente de la Metropolitan Pólice.

—¿Te gusta tu trabajo, Stanley?

—En ocasiones.

—No te comprendo...

Garret aprovechó un *stop* para encender un cigarrillo.

El tráfico era intenso en aquellas primeras horas de la noche. Los multicolores luminosos de neón ya habían hecho su aparición.

—Tanto mejor, Lorraine. Mi padre fue un vulgar patrullero.

Durante sus muchos años de servicio jamás se avergonzó de nada. Yo, con sólo cuatro años como agente del Federal Bureau of Investigation, he visto como se manipulaba mi información y se ocultaban pruebas: —que podían salpicar a determinadas personalidades políticas. He visto como... bueno, olvídale.

Dejaron atrás Dixie Park enfilando hacia Biscayne Boulevard.

En la Keress Avenue se emplazaba el Seymour Hotel.

Miami y Miami Beach es el centro turístico no sólo de Florida, sino de toda la nación. Ya no únicamente acaparan el turismo de verano. Su capacidad hotelera está todo el año al máximo. Más de un millar de hoteles y moteles atienden la demanda, sin contar los apartamentos de alquiler y establecimientos inferiores de hospedaje.

Dos empleados del Seymour Hotel acudieron para hacerse cargo del equipaje y del auto.

Stanley Garret y Lorraine pasaron a la sala de recepción firmando en el libro de registro.

Habitaciones 707 y 708.

Uno de los elevadores les condujo a la séptima planta.

Las dos habitaciones se comunicaban entre sí. Ambas disponían de reducida antesala, baño, televisor, mueble-bar y pequeña terraza.

Garret soltó cinco dólares al portador del equipaje.

Lógicamente los anotarían en la cuenta de gastos.

—¿Cansada?

—Sí, un poco...

—Es preferible que esta noche no salgas del hotel.

Tal vez tu abuelo intente establecer contacto. La habitación de enfrente, la número 715, está ocupada por un agente del FBI. Su nombre es Glenn Beckerman. Llámale si hay novedades, aunque él estará alerta.

—¿No estarás tú aquí?

—Voy a salir. Espero regresar dentro de un par de horas. Deja sin poner el cierre que comunica nuestras habitaciones. A un simple grito acudiré como un rayo.

—¿Por qué iba a gritar? Mi abuelo...

—Escucha con atención, Lorraine. —Garret sujetó los hombros de la muchacha—. El Denholm Hiller que buscamos no es el que tú conoces. Algo ha trastornado su mente e ignoramos cómo puede reaccionar. Puede resultar peligroso... incluso para ti. No lo olvides.

—Si, Stanley.

—Y ahora procura descansar.

Garret tomó su maletín acudiendo hacia la puerta que comunicaba con la habitación contigua.

—Stanley...

—¿Si?

—Eso de no poner el cierre... ¿eres un caballero?

Garret correspondió a la sonrisa de la joven.

—No, Lorraine.

—Lo suponía.

Rieron ahora más abiertamente.

Stanley Garret pasó a la estancia contigua.

Una habitación gemela a la anterior.

Arrojó el maletín sobre el lecho encaminándose hacia la salida. Cerró con llave. Avanzando por el moquetado pasillo se detuvo frente a la puerta señalizada con el número 715.

La hoja de madera se abrió antes de ser golpeada.

—Adelante, Stanley.

—¿Me estabas esperando, Glenn?

Glenn Beckerman era un individuo extremadamente alto. Rostro alargado y caballuno.

—He seguido tu conversación con la chica. Hemos instalado varios *talking-bugs*^[2] en la habitación.

—¿Tienes alguna orden para mí?

—No. El inspector Garrison te concede carta blanca.

—Magnífico. Aprovecharé para visitar a los viejos amigos. Adiós, Glenn.

—Eh, Stanley... avísame cuando regreses. Estando tú con Lorraine Hiller no será necesaria mi vigilancia. Llevo dos días sin pegar ojo.

Garret asintió con un movimiento de cabeza.

Poco más tarde se encontraba nuevamente frente al volante del «Chevrolet» circulando por las iluminadas calles de Miami.

Miami...

La ciudad de recreo de los poderosos. De los magnates. De los forrados de dólares. Un lugar donde el dinero corría alegre y abundante.

Aunque también existía una cara oculta.

Y Stanley Garret la conocía muy bien.

* * *

Sí.

Toda gran ciudad tiene algo que ocultar.

Algo de que avergonzarse.

Barrio Neame.

Al norte de Miami.

Una zona con mayoría de habitantes latinoamericanos. Sin lujosos rascacielos. Sólo tortuosas calles con edificios grises, húmedos y malolientes. Allí no llegaba la brisa de las playas y canales. Allí no había pistas de golf.

Wawalag era un tugurio.

Un estercolero.

Cuando Stanley Garret penetró en el local ya se había iniciado el primer Dase de atracciones. Todas las mesas ocupadas. Se veían individuos con *smoking* y damas enjoyadas. Conducidos hasta allí por algún guía especializado. Con la promesa de encontrar emociones fuertes.

No salían defraudados.

En el Wawalag se podía encontrar de todo.

El *show* más obsceno y procaz, el *strip-tease* más atrevido... Y no sólo eso. En los reservados de la primera planta tenían lugar todo tipo de actividades. Una partida de póquer, el consumo de drogas o el disfrutar de los favores de una muchacha de catorce o quince años lanzada a la prostitución por sus propios padres o por la miseria.

Sí.

Stanley Garret conocía aquello.

Su padre había sido patrullero en aquella zona. Durante años combatió el vicio y corrupción allí existente. Otros continuaron su ludia, pero Barrio Neame seguía igual. Era como coger una piedra para aplastar una cucaracha. Se mataba a la cucaracha, pero al levantar la piedra aparecían diez más.

Garret llegó hasta el mostrador.

El local estaba en penumbra. Sólo iluminado por los pilotos rojos de situación y el foco que se centraba *sobre* la pista siguiendo los

movimientos lesbianos de las dos bailarinas.

Terminado el número se encendieron las reducidas luces de la sala.

El agente del FBI recorrió con la mirada cada uno de los rincones.

Giró hacia el individuo del mostrador.

—Eh, amigo... ¿ha llegado ya Eddie Hough?

—¡No soy su amigo ni conozco a ningún Eddie Hough! —replicó el individuo—. ¿Va a tomar algo?

Garret controló el deseo de soltarle un trallazo en la boca.

Se alejó hacia una aislada mesa que, por estar pegada a la columna, permanecía desocupada.

Tomó asiento.

A los pocos minutos se aproximó uno de los camareros.

—¿Qué le sirvo?

—Espero a mi amigo Hough. El decidirá la bebida. Si le ve avísele que estoy aquí.

—¡No conozco a ese Hough! Pida algo de beber o lárguese.

Garret ahogó un suspiro.

Sí.

El personal del Wawalag estaba a tono con el local.

—*Whisky*.

Una rubia artificial inverosímilmente enfundada en un vestido negro descendió de uno de los taburetes del mostrador para aproximarse al solitario Garret. Su ondular de caderas resultó marcadamente sensual y provocativo. ¡Se inclinó apoyando las manos sobre la mesa! El audaz escote mostró casi al completo los voluminosos senos.

—¿Estás solo, amor? —inquirió la mujer dirigiendo a Garret una mirada prometedora de lujuriosos placeres.

—Olvídame.

—Seguro que sí, bastardo —correspondió la mujer a la seca respuesta del *Garnett* retornando al mostrador.

Fue entonces cuando sonó la voz a espaldas de Garret.

—Has hecho mal, Stanley. Con Judith hubieras pasado una noche inolvidable. Es una experta.

Garret ladeó la cabeza.

Sonrió.

Allí estaba Eddie Hough. Cincuenta y dos años de edad. Ex agente de la CIA. Ex investigador privado...

Estrecharon sus manos.

—No han tardado en avisarte.

—Seguro. Es lo que esperabas, ¿no? —rió Eddie Hough acomodándose en una de las sillas—. Sabías que al preguntar por mí de inmediato me pondrían en alerta. Estaba jugando al póquer con James Salkow y otros amigos.

—¿Salkow...? ¿El rey del algodón?

—Curioso, ¿verdad? Prefiere jugar en los nauseabundos reservados del Wawalag a utilizar su *suite* del Fontainebleau. Llevan una vida tan pulcra que de vez en cuando necesitan revolcarse en el fango. Por eso acuden aquí. A deslumbrarnos con sus dólares. Le he sacado ocho mil dólares.

—No has cambiado, Eddie.

—Tampoco tú, muchacho. Sigues igual de inconsciente. Un agente del Federal Bureau of Investigation en el Wawalag. Aquí la policía siempre entra en grupo.

—Yo estoy de incógnito.

—¿Qué haces en Miami?

—Vacaciones.

Los ojos de Eddie Hough, semiocultos por pobladas cejas, se entornaron. Fijos en Garret.

—¿A quién tratas de engañar? ¿Olvidas quién soy?

—*Okay*. Me ha sido encomendada una misión. *Top secret*.

Hough empezó a reír.

Su risa terminó en burlona carcajada.

—*Top secret*... Muy gracioso, Stanley.

—¿Gracioso?

—No hay tal secreto. Apuesto que estás en Miami para cazar al loco.

Garret quedó con la boca entreabierta.

Con una mueca de estupor reflejada en el rostro.

—¿A quién te refieres?

Eddie Hough volvió a reír.

—Por favor, muchacho... Demasiado lo sabes. Hablo del doctor Denholm Hiller. Ese chiflado que se largó llevándose los más importantes *dossiers* del Laboratorio Atómico de Blattysville.

CAPÍTULO IV

Salieron del Wawalag.

La noche era agradable.

Incluso en Barrio Neame.

Junto a las casas se agrupaban sus moradores. En mecedoras o en los mismos peldaños de entrada. Predominaba el español en las conversaciones. Muchos exilados cubanos. Todos ellos conocidos por Eddie Hough. El ex agente de la Central Intelligence Agency que tomó parte en la fracasada operación en Bahía Cochinos.

—¿Cómo lo has descubierto, Eddie?

Hough rió en alegre carcajada.

—¿Acaso no me conoces? ¡Soy Eddie Hough! Tu padre ya acudía a mí cuando un problema se le escapaba de las manos. Mis fuentes de información son superiores a las del FBI. Incluso mi archivo es mejor que el vuestro.

—No has respondido a mi pregunta.

—No pienso hacerlo, muchacho. Ya conoces mi norma. Puedo facilitar la información, pero nunca la fuente. Tengo clientes y me llevo muy bien con todos ellos. Me necesitan y me temen. Sé demasiado.

—Me sorprende que sigas con vida.

—También yo —sonrió nuevamente Hough—, aunque el saber demasiado es mi seguro de vida. Nadie quiere hacerme daño por temor a que salgan los trapos sucios. Desconocen el paradero de mi... archivo.

—Eres un tipo extraño.

—Seguro.

—Mi padre te admiraba, Eddie. Le sorprendía ese deambular tuyo entre el fuego y el agua. Proporcionando información a la

policía, a la mafia...

—Al FBI... tú estás aquí en demanda de información, ¿no es cierto?

Se detuvieron junto al «Chevrolet».

Encendieron un cigarrillo.

—*Okay*, Eddie. Es difícil engañarte. Quería tantear tus conocimientos, pero ya me has derrotado. Es asombroso que conozcas la desaparición del doctor Hiller con los *dossiers* más valiosos.

—Y el maletín con tres esferas de Nero-X
junto con un equipo Jimmy-77.

—*Top secret*... ¡Maldita sea!

—Tranquilo, muchacho. Lo que sí ignoro son los planes de Hiller. Se ha vuelto loco, ¿no?

—Ahá.

—¿Qué pretende?

—Volar Miami o someterlo a la acción del Nero-X.

Luego hará otro tanto en la Casa Blanca.

—¿De veras? Miami está en plena temporada. Muchos peces gordos se tuestan en las playas. Sí, diablos... Es un buen proyecto. Y lo de la Casa Blanca ya me parece fabuloso. Puede que Hiller no esté tan loco.

—¿Dónde se encuentra?

—¿Hiller? Lo lamento, Stanley. Desconozco su paradero. Y lo estoy buscando afanosamente. Tengo una oferta de diez mil libras por localizarle.

—¿Libras?

Hough chasqueó la lengua.

—Creo que he hablado demasiado. Sólo añadiré que Denholm Hiller es un bocado muy apetitoso. Tal vez él, dado su estado mental, no resulte aprovechable; pero sí lo que lleva consigo.

Garret abrió la portezuela del «Chevrolet».

—Me hospedo en el Seymour. Con la nieta de Hiller.

—Sí, lo sé.

—El FBI puede superar esa oferta de diez mil libras del Intelligence Service británico.

—¿Intelligence Service? —Hough fingió estupor—. ¿De qué me hablas, muchacho?

—¡Hasta pronto!, Eddie.

Stanley Garret se introdujo en el «Chevrolet» iniciando la marcha del vehículo. Por el espejo retrovisor contempló a Eddie Hough que se despedía con una cínica sonrisa.

Eddie Hough...

Sí.

Un tipo extraño.

Un individuo que podía habitar el más lujoso apartamento de Miami, pero que prefería Barrio Neame y su gente.

Un hombre que conocía el Gran Miami como la palma de su mano. Con amplios contactos en determinadas embajadas y una red de información que haría palidecer de envidia a cualquier organización de inteligencia.

Stanley Garret retornó al Seymour Hotel.

Estacionó el «Chevrolet» en el *parking* interior del edificio. Desde el sótano tomó uno de los elevadores hasta la planta siete.

Fue directamente a la habitación 715.

—Hola, Glenn. ¿Alguna novedad?

Beckerman ahogó un bostezo mientras jugueteaba con los auriculares.

—Nada. Lorraine Hiller duerme plácidamente. El inspector Garrison sigue con la operación de búsqueda, pero sin resultado positivo. Dudo que Denholm Hiller se deje ver por aquí.

—Descansa, Glenn. Si tengo que abandonar el hotel te avisaré.

—Okay.

Garret salió al corredor.

De uno de los bolsillos extrajo la llave correspondiente a su habitación.

Penetró en la estancia.

De la reducida antesala pasó al dormitorio.

Poco más tarde se dejaba caer sobre el confortable lecho. Luciendo un corto pijama color cremoso.

Encendió un cigarrillo procediendo a repasar por enésima vez el *dossier* relacionado con Denholm Hiller. Su brillante *currículum*.

Garret fijó la mirada en la fotografía.

Denholm Hitler. Setenta años de edad. Semicalvo. Delgado. Con

la arrugada piel materialmente pegada a los huesos.

El agente del FBI movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

No había adelantado gran cosa en su entrevista con Eddie Hough. Todo lo contrario. Más problemas.

Denholm Hiller era codiciado por alguien más que el Federal Bureau of Investigation.

* * *

Faltaban pocas horas para el amanecer.

Los multicolores luminosos de neón se habían eclipsado. Los más rezagados *night-clubs*, casinos y demás centros de diversión habían cerrado sus puertas.

La ciudad descansaba de su bulliciosa jornada.

Al igual que la mayoría de sus habitantes, aunque no todos.

Uno de ellos se dedicaba a un peligroso ejercicio.

Descolgar se por la fachada del Seymour Hotel.

Sus movimientos eran ágiles.

Felinos.

Vestimenta negra y de una sola pieza. Ceñida a su cuerpo para facilitar los movimientos. El ancho cinturón con anillas. Por entre ellas la cuerda que pendía de una de las terrazas correspondiente a la novena planta.

El hombre fue salvando acrobáticamente los balcones de los pisos nueve y ocho.

Llegó a la séptima planta.

A la terraza que comunicaba con la habitación 707.

Se despojó de la cuerda que anudaba su cintura.

Quedó agazapado en el balcón durante unos segundos. Sin duda para acompasar su agitada respiración.

Llevaba las manos enguantadas.

En el ancho cinturón, a la izquierda, una cartuchera. En el lado derecho una funda que semiocultaba un revólver.

Manipuló en la cartuchera apoderándose de un lápiz corta-vidrio.

Dibujó un círculo en el cristal del ventanal. En el mismo lápiz, por el otro extremo, una ventosa que evitó la caída del cristal recién cortado.

El hombre introdujo su brazo derecho.

Cautelosamente accionó el cierre del ventanal entreabriendo una de las hojas.

Penetró en la estancia.

Se detuvo unos instantes.

Acostumbrando sus ojos a la penumbra reinante.

Descubrió a Lorraine Hiller sobre el lecho.

En plácido sueño indicado por el rítmico subir y bajar de sus senos.

El hombre de negro extrajo de la cartuchera un pequeño recipiente envuelto en un pañuelo.

Volcó el líquido sobre el pañuelo.

Seguidamente avanzó con lentitud hacia el lecho.

Fue entonces cuando Lorraine removió entre las sábanas. Entreabrió los ojos. Débilmente.

Aquello hizo reaccionar al individuo lanzándose sobre la muchacha; pero esa misma precipitación le hizo fracasar.

Lorraine se percató de aquel brusco movimiento.

De la siniestra sombra que se abalanzaba sobre ella.

Y gritó.

Con todas sus fuerzas.

—¡Stanley! ¡Stanley...!

El individuo de negro profirió una soez maldición girando veloz hacia el ventanal.

La puerta que comunicaba con la habitación contigua se abrió.

Bajo el umbral apareció Stanley Garret.

Semiencorvado.

Con el revólver del treinta y ocho en la diestra.

Y en pijama.

—¡Lorraine! ¿Qué ocurre...?

La joven señaló temblorosa hacia el ventanal.

—¡Por allí...! Un hombre...

El agente del FBI no esperó más explicaciones.

Como vana exhalación pasó a la pequeña terraza. Sus ojos escudriñaron la oscuridad de izquierda a derecha.

Nadie en los balcones vecinos.

Miró hacia arriba.

Ni rastro del supuesto atacante, pero Lorraine no había sufrido

una pesadilla. Allí estaba el cristal. El delator círculo dibujado en el ventanal que permitió accionar el cierre interior.

Garret retornó al dormitorio.

—Se ha volatilizado. ¿Quién era? ¿Spiderman?

Lorraine se había levantado del lecho.

Descalza sobre la alfombra.

Temblorosa.

—¡Oh, Stanley...!

Corrió a refugiarse en los brazos del

G-men.

—Tranquilízate, pequeña.

—Vestía todo de negro, Stanley... Le descubrí junto a la cama. Se disponía a atacarme. Tenía algo en la mano...

—Era una vulgar rata de hotel.

—¿Crees eso?

—Seguro —mintió Garret percatándose claramente del olor a cloroformo—. Ahora vuelve a la cama y...

—¡No, Stanley...! ¡No quiero quedarme sola...!

—¿Sola? Yo estoy ahí al lado. Nada tienes que temer.

—Puede volver... ese hombre puede volver... La ventana está...

—De acuerdo. Cambiaremos de habitación.

Pasaron a la estancia contigua.

Lorraine se sentó al borde del lecho mientras que el agente del FBI acudía al mueble-bar.

Ofreció una copa de *brandy* a la muchacha.

—¡Bebe! Te hará bien.

Lorraine vació el vaso.

Esbozó una sonrisa.

—¿Tienes un cigarrillo?

Garret señaló la cajetilla de «Pall Mall» depositada sobre la mesa de noche. Fue hacia el ventanal deslizando la protectora persiana y asegurando el cierre.

—Todo en orden, Lorraine.

—Stanley...

—¿Sí?

—No quiero quedarme sola.

Garret tragó saliva.

Contempló fijamente a la muchacha.

La transparente *negligée* apenas llegaba a la mitad de los bronceados muslos. Se sombreaba la diminuta pieza del *slip*. No llevaba sujetador. Los erectos senos se marcaban desafiantes bajo la fina tela.

—Nada tienes que temer, Lorraine.

—Ya no tengo miedo, Stanley. Sólo quiero tu compañía.

Garret se sentó junto a la joven.

Quedó reflejado en aquellos negros y profundos ojos.

La tomó por los hombros atrayéndola contra sí. Besando los gordezuelos labios femeninos.

—¿Estás segura, Lorraine? No quiero aprovecharme de las circunstancias —murmuró Garret besando ahora el cuello de la muchacha y bajando con la barbilla uno de los tirantes de la *negligée*—. Aprovecharme de tu miedo para...

—¿Conoces la filosofía de Epicuro? —inquirió Lorraine echándole los brazos al cuello—. «La muerte es el fin de todo; el bien es el placer, el mal, el dolor; gocemos del primero y huyamos del segundo».

—Gran tipo ese Epicuro.

—Sí, Stanley.

Garret deslizó los dos tirantes de la *negligée* descubriendo así los erguidos senos femeninos. Lentamente reclinó a la muchacha sobre el lecho. Buscó de nuevo los carnosos labios mientras sus manos recorrían ávidas el cuerpo de Lorraine.

Stanley Garret era consciente de que estaba ganando la plaza en Alaska.

No le importó.

CAPÍTULO V

Burt Garrison bizqueó.

Dirigió una incrédula mirada a Garret.

—¿Quiere decir...? ¿Atacan a Lorraine Hiller y no hizo nada?

—Impedí ese ataque, señor.

—¡Sí, maldita sea! ¡Ya me lo ha dicho! ¿Y luego? ¿Qué hizo luego?

—Bueno, yo... Volví a la cama.

El rostro de Burt Garrison enrojeció aún más. Abrió y cerró las manos nerviosamente.

—A dormir feliz, ¿eh?

—Sí, señor.

—¡Se supone que es un agente del Federal Bureau of Investigation! ¿Por qué no investigó de —inmediato?

—¿De madrugada? No consideré oportuno alarmar el hotel. El atacante sólo pudo llegar desde una de las terrazas vecinas o de las superiores. Creí más conveniente esperar para investigar los clientes que ocupan las...

—¡Magnífico! —interrumpió Garrison con sarcasmo—. ¿También estará esperando el atacante? ¡Ya habrá abandonado el hotel!

—Tanto mejor, señor. Eso le delataría. Si alguno de los clientes próximos a la habitación

707 ha

abandonado precipitadamente el hotel, es el culpable.

El SAC quedó con la boca entreabierta.

Intentó hablar, pero finalmente optó por abandonar la habitación.

Glenn Beckerman, que había presenciado la escena en silencio,

chasquéó la lengua.

—Eres único, Stanley.

—¡Al diablo! Empiezo a cansarme de recibir gritos. Obré con lógica. El fulano no era Denholm Hiller. ¿Imaginas a un viejo de setenta años saltando por las fachadas como un mono?

—Quienquiera que fuera intentó secuestrar a Lorraine. Adormecerla con cloroformo y raptarla.

—¿Por orden de su abuelo?

—¿Por qué no? El inspector Garrison está ahora investigando en los clientes que ocupan las habitaciones con más facilidad de acceso a la de Lorraine. Si el pájaro ha escapado te costará un disgusto. Puede que con tu SAC de San Francisco guardes buenas relaciones, pero Garrison es un tipo duro. Afortunadamente para ti no se le ocurrió escuchar tu matinal conversación con Lorraine. Hay «chinchas» en las dos habitaciones. ¿Lo habías olvidado?

—¿Has grabado...?

Beckerman sonrió.

—Tranquilo. No hay pruebas.

—Gracias, Glenn.

Garret abandonó la habitación.

Lorraine ya le esperaba en el corredor.

Luciendo un conjunto playero convertible en traje de baño.

—¿Alguna novedad, Stanley?

—No. Tu abuelo sigue sin dar señales de vida.

—Empiezo a inquietarme. Tal vez le ha ocurrido algo.

—De haberle ocurrido algo grave aparecería. No, Lorraine. Tu abuelo se esconde de nosotros. Esperemos que hoy, con tu fotografía en todos los periódicos, decida establecer contacto contigo.

—¿No me acompañas a la piscina?

—Olvidé el traje de baño.

—En la *boutique* del hotel puedes...

—Estaré cerca de ti, Lorraine —interrumpió Garret pulsando el llamador del ascensor—. Quiero dar las máximas facilidades a Denholm Hiller o sus enviados.

—¿Enviados? ¿Insinúas que el hombre de ayer...?

Penetraron en el elevador.

—Es una hipótesis, Lorraine. Tu abuelo ordena el secuestro para

protegerle. Vacío su caja fuerte. Puede contratar a fulanos capaces de todo por un puñado de dólares.

—Dios mío...

Abandonaron la cabina.

La serpenteante y amplia piscina del Seymour Hotel estaba bordeada de cuidado césped donde se emplazaban mesas y tumbonas.

—Te dejaré sola por espacio de una hora. Luego tomaremos el aperitivo juntos, ¿de acuerdo?

Lorraine asintió con un movimiento de cabeza.

Se alejó de Garret encaminándose hacia una de las colchonetas cercanas a la piscina. Se despojó de la falda quedando en seductor bikini. Segundos después se arrojaba grácilmente a las cristalinas aguas de la piscina.

El agente del FBI quedó en el *snack* que comunicaba con la terraza-jardín. Desde allí era visible la piscina.

Gran número de clientes disfrutaban ya de las caricias del temprano sol.

—¿Tienes fuego?

La voz sonó junto a Garret.

Una voz femenina.

Marcadamente sensual.

Stanley Garret giró enfrentándose a la mujer.

Algo fuera de serie.

De unos veinticinco años de edad. Rostro endiabladamente atractivo. Sus ojos resultaban provocadores. Al igual que los entreabiertos y húmedos labios. El bikini que lucía dejaba muy poco para la imaginación. La pieza superior se limitaba a dos diminutos triángulos que apenas ocultaban los prominentes senos. La tersa llanura de su vientre quedaba al descubierto hasta la zona más audaz donde aparecía el reducido *slip*.

Garret ofreció la llama de su encendedor.

La mujer succionó repetidamente el cigarrillo. Con voluptuosidad. Sin apartar sus ojos del *G-men*.

—Gracias —susurró exhalando una bocanada de humo—. Eres de Miami, ¿verdad?

—Ahá.

—Sólo así se comprende que desprecies las caricias del sol. ¿No estás de vacaciones?

—Sí, pero olvidé el bañador.

—Tu compañera fue más precavida —dijo la mujer desviando su mirada hacia la piscina—. Os vi llegar ayer juntos. No me consideres una entrometida. Estoy sola y aburrida. El ver llegar nuevos clientes es una distracción para mí. Estudio sus facciones, sus movimientos, el modo de desenvolverse... Adivino fácilmente su profesión.

Aquella mujer resultaba seductora, pero Garret no estaba allí para conquistas fáciles. Iba a disculparse cuando llegó uno de los botones del hotel.

—Tiene una llamada en la cabina siete, señor.

—Gracias.

Stanley Garret dedicó una sonrisa de despedida a la mujer.

Se introdujo en la cabina indicada.

—¿Sí?

—¡Garret...! ¡Le habla Garrison!

El

G-men

distanció levemente el auricular.

—Sí, señor. Le he reconocido.

—¿Con quién está hablando?

—¿Cómo? —Garret arqueó las cejas—. Pues... con usted...

—¡Maldita sea! Esa mujer... la del bikini... ¿cómo ha entablado conversación con ella?

—Le juro que yo no... fue ella la que...

—Esa mujer ocupa la habitación 907, Garret. Sólo desde allí se pudo descender hasta la habitación de Lorraine Hiller. Los otros posibles sospechosos quedan descartados. Una pareja de recién casados en una de las habitaciones próximas, otro matrimonio celebrando sus bodas de oro, tres turistas suecas... Estamos investigando en esa mujer, Garret. Su nombre es Karen Hepburn. Al menos así se registró en el hotel. El hecho de que haya establecido contacto con usted es muy significativo. Sígle la conversación hasta saber qué busca.

—Lorraine...

—Yo me encargaré de su vigilancia.

—Muy bien, señor.

Stanley Garret colgó el auricular retornando al mostrador.

La mujer seguía allí.

Sonriente.

—No me has dicho tu nombre —comentó el agente del FBI—. Yo soy Stanley Garret.

—Karen Hepburn.

—¿Y bien, Karen? ¿En qué rama profesional me has clasificado?

La mujer hizo un mohín con los labios.

Muy provocativo.

—Pues... aún tengo mis dudas. ¿Un ejecutivo...? Sí, eso es.

—Te equivocas, Karen. Soy investigador privado.

La mujer fingió asombro.

—¿Un policía...?

El

G-men

sonrió.

Sí.

La tal Karen Hepburn era astuta.

Debía engañarla con mentiras dignas de crédito.

—No, Karen. No soy policía. He sido contratado por Lorraine Hiller. ¿No has leído los periódicos? Lorraine es la nieta del doctor Denholm Hiller.

—Jamás leo los periódicos.

—Lorraine Hiller está tratando de localizar a su abuelo. Ésa es mi misión. Un trabajo fácil que procuraré demorar al máximo. —Garret sonrió maliciosamente—. Miami es una ciudad fabulosa y estoy con los gastos pagados.

Los ojos de Karen estudiaron detenidamente al agente del FBI.

La inocente sonrisa de Garret pareció convencerla.

—¿Cuál es tu tarifa, Stanley?

—Cien dólares diarios más los gastos derivados de la investigación. Si localizo a Denholm Hiller tendré una paga adicional de mil dólares.

—Yo te ofrezco cinco mil en un solo día.

—¿Es una broma?

—Sígueme.

Karen descendió del taburete atrapando su bolso de playa. Se

encaminó hacia da salida del *snack*.

Garret no dudó.

Fue tras ella.

Esperaron la llegada de uno de los elevadores.

—Stanley...

—¿Sí?

—Aquel hombre que está en la sala de recepción fingiendo leer el periódico... ¿le conoces?

Garret siguió la mirada de la mujer.

El individuo en cuestión era Burt Garrison.

—No. ¿Qué ocurre con él?

—Es un agente del FBI.

Garret agrandó los ojos.

—¿De veras? ¡Infiernos! No imaginaba a los

G-men

veraneando en Miami.

La llegada del elevador cortó la respuesta de Karen.

Penetraron en la cabina.

La mujer indicó la novena planta al ascensorista.

Minutos más tarde se detenía frente a la puerta señalizada con el número 907.

Karen extrajo la llave del bolso.

La habitación era similar a la ocupada por Lorraine Hiller dos plantas más abajo.

Cruzaron la antesala para dirigirse al dormitorio.

Karen arrojó el bolso sobre la cama.

—Ese agente del FBI no está de vacaciones, Stanley. Y no es el único. Hay más en el Seymour Hotel. Todos ellos buscando a Denholm Hiller. Si le encuentran antes que tú perderás esos mil dólares.

Garret chasqueó la lengua.

Repetidamente.

—Sufres un error, Karen. El doctor Hiller no ha desaparecido. Lo hubieran publicado los periódicos. Está descansando en Miami. Lorraine discutió acaloradamente con su abuelo. Éste se ocultó aquí. Lorraine quiere hacer las paces. No me sorprende. Es su única heredera.

—Eso te ha dicho Lorraine, ¿eh?

—Ahá.

—Te mintió, Stanley. Lorraine está colaborando con el FBI para localizar a su abuelo. Denholm Hiller ha desertado.

—¡Eso es imposible! El doctor Hiller es incapaz de...

Garret quedó con la boca entreabierta.

Karen se había despojado de la pieza superior del bikini. Sus senos quedaron al descubierto. Erguidos. Desafiantes.

El espectáculo no terminó ahí.

La mujer introdujo los pulgares bajo el diminuto *slip* deslizándolo por las caderas.

Todo el cuerpo de Karen aparecía uniformemente bronceado.

Abrió uno de los cajones del armario.

Con lentos y sensuales movimientos procedió a ajustarse una fina prenda de negro encaje.

Luego introdujo por la cabeza un ligero vestido.

—¿Quieres subirme la cremallera, Stanley?

Garret, todavía con los ojos vidriosos, se aproximó a la mujer.

El cierre de la espalda empezaba muy abajo.

Hizo caso omiso de la cremallera.

Garret introdujo las manos acariciando la espalda femenina. Llegaron hasta la cintura. La atrajo contra sí besándola en la nuca mientras que sus manos pasaron al liso vientre y luego subieron en busca de los erectos senos.

Karen giró.

Enfrentando su rostro al de Garret.

—¿Por qué no hablamos primero de negocios, Stanley? Ya habrá tiempo para... lo demás, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no empezamos por «lo demás»?

—La cremallera, Stanley. Por favor.

Garret obedeció con resignada mueca.

Contempló como Karen, sentada al borde del lecho, procedía a calzarse.

La mujer alzó la mirada.

Descubrió los ojos de Garret fijos en sus bronceados muslos generosamente al descubierto.

Sí.

No había duda.

El comportamiento de Garret no era el de un policía. Y menos de

un agente del Federal ¡Bureau of Investigation!

Podía confiar en él.

—No localizarás al doctor Hiller, querido. Tampoco lo conseguirá el FBI.

—¿Por qué estás tan segura?

Karen se incorporó alisando el vestido. Sus senos, aun sin sujetador, se mantenían firmes y erectos.

—Muy sencillo, Stanley. El doctor Hiller está en nuestro poder. Le hemos secuestrado.

CAPÍTULO VI

Stanley Garret encendió un cigarrillo.

—No te creo, Karen.

—Trabajo para la Glassware. Supongo habrás oído hablar de nosotros, ¿verdad?

El agente del FBI procuró mostrarse impasible.

Por supuesto había oído hablar de Glassware. Una poderosa red de espionaje que se suponía vinculada a la mafia. Una organización que vendía informes al mejor postor.

—Glassware es una invención del FBI y la CIA para disculpar sus fracasos.

—Puedo demostrarte lo contrario, Stanley. Tenemos a Hiller.

—¿De veras? Entonces, ¿dónde está el problema? Con el doctor Hiller en vuestro poder será fácil sacarle toda su valiosa información.

—No, querido. Hiller se largó del Laboratorio Atómico de Blattysville con importantes *dossiers*, pero cuando nosotros le capturamos no tenía nada encima.

—He oído hablar de los... persuasivos métodos que utiliza Glassware.

Karen sonrió.

Fríamente.

—Son ciertos. En una ocasión hicimos hablar a un mudo, pero con Hiller es diferente. Está loco. Totalmente loco. A nuestras preguntas e interrogatorios responde con absurdos. No nos sirve. Sólo queremos lo que se llevó de Blattysville.

—Empiezo a comprender... Ayer alguien entró en la habitación de Lorraine. Creí que se trataba de un vulgar rata de hotel.

—Era uno de nuestros hombres —reconoció Karen—. Sí,

Stanley. Queremos a Lorraine. Puede que Denholm Hiller, ante la presencia de su querida nieta, reaccione.

—No cuentas conmigo.

—Cinco mil dólares, querido. Es un buen pellizco.

—No. Si descubren mi colaboración con Glassware me retirarán la licencia. No soy un gran detective, pero me gano bien los garbanzos.

—Diez mil dólares.

Garret simuló dudar.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No... no puedo traicionar a mis clientes...

—Mis jefes me han autorizado un máximo de quince mil dólares, Stanley. Si los rechazas tal vez recibas plomó. Comprenderás que después de esta conversación sabes demasiado.

—Yo... yo no hablaré...

—Lo sé, querido. Los muertos no hablan.

—De acuerdo. Acepto. ¿Qué debo hacer?

Karen sonrió.

—Magnífico. Escucha con atención, Stanley. Tenemos al doctor Hiller en un *bungalow* de Miami Beach. Tú irás ahora en busca de Lorraine. Yo te esperaré en un «Pontiac» negro en el cruce de la Gould Avenue y Alec Street. Cerca de Wynwood Park. Te trasladas con Lorraine a mi auto y juntos cruzamos la bahía hacia Miami Beach.

—¿Qué hay de mis quince mil dólares?

—Te serán entregados en Miami Beach. Confía en nosotros, Stanley. Ahora no perdamos más tiempo. Nos reuniremos dentro de una hora en el lugar indicado.

Pasaron a la antesala.

Garret entreabrió la puerta.

—Una advertencia, querido... Hemos corrido un grave riesgo al dirigirnos a ti. ¡Podías ser un policía! Un agente del FBI. Tal vez lo seas realmente. Si hay agentes del FBI en el Seymour Hotel también tenemos hombres de Glassware en torno a Lorraine. Ahora tú serás igualmente vigilado. Si acudes a la policía, si te aproximas a un teléfono o intercambias unas palabras con alguien... no estaré en el Wynwood Park. Tampoco haré acto de presencia si descubrimos que eres seguido.

—Pero el FBI...

—Sí, lo sé. El FBI vigila a Lorraine. Tú te encargarás de despistarles, Stanley. Procura hacerlo bien. Si nos encontramos en dificultades liquidamos a Denholm Hiller. Recuérdalo. Y ahora vete. Es preferible que no vuelvan a vernos juntos.

—Nos vieron antes, ¿no?

—Nada sospecharán. En Miami es normal que un hombre y una mujer culminen su amistad en la habitación del hotel.

—Nosotros no hemos culminado nada —se lamentó el

G-men.

Karen sonrió sensual.

Voluptuosamente tendió sus brazos en torno al cuello de Garret. Entreabrió los labios para unirlos ardientemente a los del agente del FBI.

En un volcánico beso.

Karen se separó con leve jadear.

—¡Esto es un pequeño anticipo!, Stanley. Cumple bien tu cometido y tendrás un premio extra a los quince mil dólares.

Garret salió al corredor.

Fue hacia uno de los elevadores.

Al llegar la cabina descubrió a un individuo junto al ascensorista. Le catalogó de inmediato como a un miembro de Glassware.

Empezaba a ser vigilado.

Difícilmente iba a poder establecer contacto con sus compañeros del Federal Bureau of Investigation.

CAPÍTULO VII

Lorraine había cambiado su conjunto de playa por un vestido sin mangas y con escote en pico.

La joven se detuvo unos instantes a la puerta del hotel hasta descubrir a Stanley Garret que la esperaba junto al «Chevrolet» estacionado a poca distancia.

Acudió junto al hombre del FBI.

—¿Todo bien, Lorraine? —inquirió Garret abriendo la portezuela.

—Sí, Stanley. Parecía una loca hablando sola en la habitación, pero he seguido fielmente tus instrucciones.

Garret se situó frente al volante.

—Perfecto. No han cesado de vigilarme. No podía acercarme a un teléfono ni hablar con nadie sin despertar sospechas. Si en verdad son elementos de Glassware tratamos con gente peligrosa. No dudarían en liquidar a tu abuelo si surgen dificultades.

—¿Hay micrófonos en mi habitación, Stanley?

Garret sonrió iniciando la marcha del vehículo.

—Seguro. De ahí la idea de que hablaras en voz alta narrando todo lo que yo te había dicho. No has olvidado nada, ¿verdad? La cita en el cruce de la Gould Avenue con Alec Street, tu abuelo en un *bungalow* de Miami Beach, el peligro de...

—Sí, Stanley. No he olvidado nada.

—Bien. No te preocupes. Mis compañeros se dejarán despistar fácilmente. De seguro ya nos esperan en el lugar de la cita. En varios coches que se turnarán para no despertar sospechas. También habrá otros a lo largo del Julia Tuttle y en la entrada a Miami Beach.

—Stanley...

Un ligero rubor cubrió las mejillas de Lorraine.

—Ese micrófono... ¿ya estaba ayer? Quiero decir... ¿grabaron nuestra...?

—Sólo instalamos un «chinche» en tu habitación —mintió Garret, sonriente—. Y al estar yo contigo cesan de controlarlo.

Lorraine, todavía roja como la grana, decidió volver a temas más importantes.

—¿Qué es la Glassware?

El agente del FBI no respondió de inmediato.

Hizo girar bruscamente el auto descendiendo por la longitudinal Miami Avenue. Poco antes de llegar al Federal Building dobló nuevamente enfilando por Flagler Street. Fue un continuo y rápido ir y venir por las calles de Miami en brucas maniobras que despistarían a cualquier seguidor.

—Bien... Creo que ya podemos ir hacia el lugar de la cita. Si hombres de Glassware nos han seguido comprobarán que he hecho todo lo posible por despistar a posibles seguidores. ¿Preguntabas por Glassware? Es una organización controlada por la mafia y dedicada exclusivamente al espionaje. De la mafia se derivan varias organizaciones. Glassware en espionaje, «Beacon» en secuestros, «Forest», en prostitución y drogas... Un gran pulpo con poderosos tentáculos.

—¿Cómo lograron descubrir la huida de mi abuelo?

Garret se encogió de hombros.

—Eso parece ser un secreto a voces. Es conocida por el Intelligence Service británico y también por un informador establecido en Miami. Hubo filtración. En el Laboratorio Atómico de Blattysville o en el mismísimo Departamento de Justicia. Hay mucho bastardo.

El

G-men

se detuvo ante un Obligado *stop*.

Fue entonces cuando un «Mercury» frenó paralelamente. Dos individuos en el asiento delantero. Uno de ellos descendió veloz para introducirse con rapidez en el «Chevrolet». En el asiento trasero.

Cuando Stanley Garret quiso reaccionar ya tenía el frío contacto del cañón de una «Luger» en la nuca.

—Tranquilo, Garret —dijo el individuo—. Sigue con toda normalidad o tus sesos salpicarán el parabrisas.

El

G-men

reanudó la marcha.

Por el espejo retrovisor contempló al individuo.

De unos cuarenta años de edad. Con un caído y espeso bigote a lo Brassens. Se reclinó en el asiento semi-ocultando el arma bajo la chaqueta.

—No era necesario molestarse —dijo Garret—. Ya me disponía a acudir a la cita.

El individuo sonrió.

—Hemos decidido cambiar el lugar. Karen ya no te espera allí. Simple medida de precaución. Toma la dirección del Edison Center Park.

—Eso nos aleja de los pasos a Miami Beach.

—¿Miami Beach...?

—¿No es allí donde está el doctor Hiller?

El individuo rió ahora en burlona carcajada.

—No, compañero. Disculpa el engaño. En el Seymour Hotel te has portado bien, pero todas las precauciones son pocas. Si has alertado a la policía de poco servirá. Tenemos al doctor Hiller en Miami Springs.

* * *

Miami Springs.

Al norte del Miami International Airport.

Una zona de recreo pródiga en lagos, canales, parques y campos de golf.

Wilkes Boulevard era uno de los centros turísticos de reciente construcción. Dividido por la arbolada Leigh Avenue. Los *bungalows* se alineaban a derecha e izquierda de la calzada.

—Aquél es, Garret. El 1213...

Las manos de Garret aprisionaban con fuerza el volante.

Reconociendo su estupidez.

Los dos *bungalows* lindantes con el 1213 lucían el cartel de alquiler. Todos uniformes y con análogas características. Separados

por altos setos que servían de muralla, pista de tenis, jardín y piscina. El *bungalow* era de una sola planta. Con amplio porche al viejo estilo californiano.

Stanley Garret giró el volante adentrándose en el recinto.

El asfaltado sendero realizaba un semicírculo pasando frente al porche. Allí estaba ya estacionado el «Mercury».

El «Chevrolet» frenó tras el vehículo.

—¡Abajo! —ordenó el individuo luciendo nuevamente la «Luger».

El agente del FBI obedeció dirigiendo a la pálida Lorraine una animosa sonrisa.

Se abrió la puerta del *bungalow*.

Apareció Karen acompañada de otro individuo.

—Hola, Stanley. Conoces ya a Ralph Sperber, ¿verdad? Éste es Ronald Begley. Vamos a ser todos muy buenos amigos. Hola, Lorraine.

Garret y Lorraine ignoraron el cordial recibimiento.

El llamado Ronald Begley descendió los escalones del porche.

—¿Le has registrado, Ralph?

Ralph Sperber denegó con un movimiento de cabeza.

—Las manos sobre el auto, Garret.

Begley registró los bolsillos del

G-men.

Le arrebató el revólver del treinta y ocho acoplado en la funda sobaquera.

No encontró ninguna documentación.

Sólo la tarjeta de crédito.

—No lleva ninguna credencial. Ni de investigador privado ni de agente del FBI.

—Eso ya no puede importarnos —sonrió Karen—. No seremos molestados.

—¿Dónde está mi abuelo? —inquirió Lorraine rompiendo su mutismo—. ¡Quiero verle!

—¡Por supuesto!, querida. Para eso estás aquí. Acompáñame.

Garret y Lorraine se adelantaron hacia el *bungalow*.

Seguidos de Ralph Sperber que mantenía en la diestra la «Luger».

Ronald Begley se acomodó frente al volante del «Chevrolet» para

introducirlo en el contiguo garaje.

Aquello desmoralizó aún más a Garret.

Cuando el inspector Garrison se percatara del engaño daría orden de localizar el «Chevrolet». Les iba a resultar imposible dar con él.

Penetraron en el *bungalow*.

Directamente al salón.

Y allí estaba Denholm Hiller.

El ilustre científico del Laboratorio Atómico de Blattysville, candidato al Nobel, colaborador de la NASA.

Denholm Hiller gateaba por la estancia con una agilidad impropia de su avanzada edad. Sorteando los muebles. Lanzando aullidos. Una cinta anudada a su frente. Sujetando varias flores.

Garret quedó con la boca entreabierta.

Al igual que Lorraine.

—Abuelo...

Hiller se detuvo.

Entornó los ojos acentuando así las entrelazadas arrugas de su rostro.

—Abuelo... —volvió a murmurar Lorraine con temblorosa voz

—. Soy yo... Lorraine...

Denholm Hiller se incorporó.

Su diestra golpeó el pecho.

—Yo no ser abuelo. Yo ser Buitre Floreado.

CAPÍTULO VIII

Lorraine sollozaba en uno de los sillones del salón.

Ralph Sperber no cesaba de maldecir mientras que Karen paseaba nerviosamente por la estancia. Brotando de sus labios palabras poco femeninas. Tampoco Ronald Begley podía controlar su irritación.

El más impasible del grupo era Stanley Garret.

Junto al mueble-bar.

Con un vaso de *whisky* en la mano.

—¡Maldito viejo del infierno! —gritó Begley—. ¡Es tu nieta...!
¡Lorraine!

Hiller se arrastraba por el suelo con la cabeza pegada a la alfombra.

Sí.

Como un auténtico indio.

—Silencio... Me parece oír la llegada del «caballo de hierro»...

—¡Le voy a machacar...!

Karen cortó el paso al furioso Begley.

—Quieto, Ronald. Maltratarle a nada conduce.

—¿Qué hay de la chica? —Begley señaló con la barbilla a la sollozante Lorraine—. Puede que dándole un repaso reaccione el viejo.

Karen denegó con un movimiento de cabeza.

—No la conoce. Le importa un rábano lo que hagamos con ella.

Ronald Begley fijó su mirada en Lorraine.

A sus ojos asomó un lujurioso brillo.

—Nada perdemos con intentarlo. ¡Eh, viejo...! Esa de ahí es Lorraine. ¡Tu nieta!

Hiller seguía gateando por el suelo.

Begley encendió un cigarrillo.

Lentamente se aproximó a Lorraine.

—En pie, muñeca.

Garret dejó el vaso de *whisky*.

Iba a intervenir, pero Ralph Sperber le apuntó con la «Luger».

El movimiento de Begley fue rápido. Tendió la diestra desgarrando el vestido de Lorraine hasta la cintura.

Sí llevaba sujetador.

De media copa.

Muy ligero y transparente.

Sus túrgidos senos se mostraron muy brevemente. Protegidos por Lorraine al cruzar los brazos.

Begley sonrió con morbosos placer.

—Voy a aplastar el cigarrillo en uno de...

—Sois un trío de idiotas —interrumpió Garret con pausada voz —. Jamás he visto cometer más tonterías en el menor tiempo.

Begley ladeó la cabeza.

—Ralph..., hazle callar de un culatazo en la boca.

Sperber se dispuso a cumplir la orden.

—Un momento —intervino Karen—. Dejemos hablar a Stanley. ¿Qué harías tú, querido?

Garret vació el vaso de *whisky*.

—Es muy sencillo. Hiller está loco. Imposible hacerle razonar, ¿no? Entonces pongámonos a su nivel. Puede que de sus absurdas respuestas encontremos algo positivo.

—Adelante, Stanley.

—Eso es perder el tiempo —protestó Begley molesto por la interrupción—. Dejadme con la chica y...

—Llevamos aquí una hora sin conseguir nada —recordó Karen —. Creo que Stanley está acertado.

Garret se aproximó al anciano.

—Abuelo... Buitre Floreado...

Denholm Hiller alzó la cabeza.

—¿Qué quiere el rostro pálido?

—¿Fumamos el *calumet*?

El anciano rió cascadamente.

—¿Después de exterminar a mi pueblo pretendes la paz...? No, rostro pálido. La guerra sigue.

—Entonces terminaremos con todos los apaches.

Hiller arrugó la nariz.

—¿Apaches? ¡Al diablo con los apaches! ¡Yo soy sioux!

Garret inspiró profundamente.

—Eso quise decir, Buitre Floreado. Aniquilaremos al bravo pueblo sioux.

—Eso ser antes. Ahora cuento con arma poderosa. Haré volar la ciudad de los blancos.

Begley y Karen se aproximaron visiblemente interesados.

El agente del FBI hizo un ademán para que no intervinieran.

—Mientes, Buitre Floreado. No existe tal arma. Ninguna tan poderosa como para destruir una ciudad.

Los ojos de Denholm Hiller tenían un extraño brillo. Paulatinamente se eclipsaron. Sus facciones también se serenaron. Incluso cambió el tono de su voz.

—Armas... Existen armas suficientes para destruir una y mil veces el planeta. La inteligencia del hombre al servicio de su propia destrucción.

—Parece tener un momento de lucidez —dijo Begley nerviosamente—. ¿Dónde están los documentos, Hiller? Los *dossiers*...

El súbito chirriar de un auto cortó las palabras de Begley.

Ralph Sperber corrió hacia el ventanal.

—¡Maldición! ¡Es...!

No pudo seguir hablando.

Una detonación llegó del exterior.

Ralph llegó del exterior.

Ralph Sperber retrocedió con los brazos en cruz. Cayó de espaldas. Con un orificio en la frente.

Begley recogió la «Luger» agazapándose junto al ventanal.

—¡Pronto, Karen! ¡La metralleta! ¡Es Frederic Lloyd y sus hombres!

Karen corrió hacia uno de los muebles del salón.

Extrajo una «Browning».

Stanley Garret no permaneció inactivo.

Apenas producirse el primer disparo hizo una seña a Lorraine. Tomaron a Denholm Hiller por los brazos abandonando precipitadamente el salón.

En la cocina descubrieron la puerta trasera de salida del *bungalow*.

Salieron al jardín corriendo hasta alcanzar el seto colindante con el *bungalow* vecino.

—¡Hay que saltar el seto, Lorraine!

—Yo... no sé si podré...

La muchacha trató de trepar por el alto seto.

El agente del FBI colocó las manos en el trasero de Lorraine empujando con fuerza.

La joven cayó al otro lado con gran revuelo de faldas.

Mostrando su prenda más íntima.

Un turbador espectáculo que, pese a lo desesperado de la situación, no pasó desapercibido para Garret.

—Ahora tú, abuelo.

—¿Quién nos ataca?

—¡El general Custer, maldita sea! —gritó Garret ayudando al anciano a salvar el seto.

El

G-men

hizo otro tanto.

El crepitar de los disparos cesó.

—Hay que escapar de aquí. Cualquiera que sea el bando vencedor saldrá en nuestra persecución.

Emprendieron veloz carrera hacia la cancela.

Lorraine ya no se preocupaba de su desgarrado vestido.

Tampoco era necesario tirar de Denholm Hiller. Corría a pequeños saltos. Como si realmente escuchara las trompetas del general Custer.

Alcanzaron la Leigh Avenue.

Justo en el momento en que se aproximaba un «Mustang».

Stanley Garret se plantó en el centro de la calzada agitando los brazos.

El vehículo frenó.

El conductor era un individuo joven. De atractivo rostro. Pelo rubio y ojos azules.

—¿Qué ocurre?

—¡Soy agente del FBI! —gritó Garret abriendo la portezuela—. ¡Tenemos que salir de aquí de inmediato!

El

G-men

empujó a Hiller y Lorraine hacia el asiento trasero del auto.

El se acomodó junto al conductor.

—¡Rápido, amigo! ¡Dé marcha atrás y apriete el acelerador!

El individuo obedeció.

Con habilidad.

Segundos más tarde hacía rugir el motor del «Mustang» sobre el asfalto. A gran velocidad.

—Esto parece de película —sonrió el individuo de los ojos azules contemplando a Lorraine por el espejo retrovisor—. Incluso con sus escenas sexy.

Lorraine se percató de que no solamente tenía desgarrado el vestido. Al saltar el seto se había roto uno de los tirantes del sujetador. Sus erguidos senos lucían ahora en toda su turbadora belleza.

La joven enrojeció cruzando los brazos sobre el busto.

—¿Es en verdad un agente del FBI?

Garret asintió.

—Cierto, amigo. Mi nombre es Stanley Garret. Le estoy muy reconocido. Nos ha salvado la vida. Unos individuos poco recomendables intentaban darnos caza.

—¿Por qué no les hizo frente?

—Estoy desarmado.

Los ojos azules del individuo adquirieron un brillo burlón.

—Eso es lo que quería saber, Garret. Salte del auto.

El agente del FBI contempló estupefacto el revólver.

El individuo lo había sacado velozmente de la funda sobaquera.

El negro cañón apuntaba a la cabeza de Garret.

—¿Qué significa...?

—Está claro, Garret. Me estorba. Sólo quiero a Denholm Hiller y a su bella nieta.

—Pero...

—Contaré hasta tres, Garret. Puede saltar... o quedarse a recibir un balazo. No tenga miedo. No se hará daño. Ahora circulo a poca velocidad.

—Maldito bastardo..., ¿quién eres?

—Uno...

Garret tragó saliva.

El individuo mantenía el auto a corta velocidad para así controlar los movimientos de Garret.

—Dos...

La frialdad de aquella mirada hizo comprender a Stanley Garret que el individuo no bromeaba.

—Nos volveremos a encontrar, hijo de perra —prometió Garret antes de abrir la portezuela y saltar protegiendo la cabeza con los brazos.

Mientras rodaba por la cuneta le llegó lejana la burlona carcajada del individuo de los ojos azules.

CAPÍTULO IX

Stanley Garret llamó desde la primera cabina que encontró al paso.

No distaba mucho de la Leigh Avenue.

Aquel bastardo del «Mustang» le había hecho saltar a los pocos minutos de recorrido.

Garret encaminó nuevamente sus pasos hacia el 1213 de Leigh Avenue.

Despertando la curiosidad de los viandantes.

El agente del FBI se había desgarrado la manga izquierda de la chaqueta, un tacón del zapato arrancado y el pantalón manchado de alquitrán. También lucía una pequeña herida en la frente.

Todo aquello carecía de importancia.

Lo lamentable era haber perdido a Hiller y Lorraine.

Ya estaba próximo al *bungalow*.

Y el inspector Garrison, pese a la considerable distancia a recorrer, llegó antes.

A bordo de un helicóptero de la Metropolitan Pólice.

Stanley Garret le vio tomar tierra en la explanada del jardín. Descendió Burt Garrison y tres hombres más. Todos ellos de paisano. Agentes del FBI. Con las armas en la mano.

Corrieron hacia el *bungalow*.

Ninguna resistencia.

Los muertos son pacíficos.

Ralph Sperber seguía junto al ventanal con los brazos en cruz. El orificio en la frente era ahora algo más negruzco.

Ronald Begley yacía a poca distancia.

Acribillados a balazos.

Karen estaba a la puerta que comunicaba con el corredor. Sin duda intentaba escapar cuando recibió la mortal ráfaga por la

espalda.

—Registrad la casa. Aunque supongo que no...

El SAC se interrumpió ante la llegada del jadeante Stanley Garret.

Los ojos de Garrison le dirigieron una furiosa mirada.

—¡Maldito sea...! ¿Qué infiernos ha ocurrido aquí?

Garret sintió un nudo en la garganta.

—Nos engañaron, señor. No era en Miami Beach donde... ellos...

—¡Eso ya lo he adivinado! —masculló Garrison—. ¿Dónde está el doctor Hiller?

—Trato de explicarle todo, señor.

Garrison inspiró con fuerza.

Movió nerviosamente la cabeza.

—Adelante, Garret, adelante... Explíquese.

El agente del FBI narró lo acontecido con todo detalle.

A cada palabra las facciones de Burt Garrison se iban crispando, pero le permitió terminar.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor.

—Magnífico. Logramos encontrar al doctor Hiller y permite que... ¡el infierno le trague, Garret! ¡Es usted un inepto! ¿Quién era el hombre del «Mustang»?

—Lo ignoro, señor. Sin duda otro más tras las huellas de Hiller. El número de la matrícula...

—No es necesario que lo repita.

El SAC acudió al teléfono depositado sobre uno de los muebles del salón.

Durante unos minutos se dedicó a cursar órdenes.

Al colgar el micro fijó de nuevo su mirada en Garret.

—Puede regresar cuando guste a San Francisco, Garret. Aquí ya no le necesito para nada. Adelantaremos más sin su presencia. No dude que redactaré un amplio informe a Norman Weston.

Dos de los agentes retornaron de su registro por el *bungalow*. El tercero llegó procedente del exterior.

—En el garaje hay tres vehículos, señor. Un «Mercury», un «Pontiac» y un «Chevrolet».

—El «Chevrolet» es nuestro —dijo Garret—. Desde ese

«Mercury» fui abordado por los hombres de Glassware.

—Glassware, Frederic Lloyd, el fulano del «Mustang»... ¡Todos tras el doctor Hiller! Lo que considerábamos *top secret* parece ser del dominio público. ¡Es inaudito! Hasta un hijo de perra como Lloyd está al corriente.

—Frederic Lloyd es el mayor traficante ilegal de armas del país —comentó uno de los agentes—. Tiene fábricas clandestinas en todos los Estados. Suministra todo tipo de armamento a grupos rebeldes, terroristas, en los países sudamericanos... El poder fabricar en serie el «Jimmy-77» le forraría de dólares.

Se escuchó el ulular de una sirena.

Segundos más tarde hacía su aparición una ambulancia.

Burt Garrison tropezó con un revólver caído sobre la alfombra. Fijó su mirada en el arma para después desviar los ojos hacia Garret.

—¿Ese revólver...?

—Sí, señor —reconoció Garret—. Es mío.

—¿Conoce el castigo para semejante falta, Garret? Un agente del FBI jamás se deja arrebatar el arma. Sólo se la quitan una vez muerto.

Garret se inclinó.

Guardó el arma en la funda sobaquera.

—Yo preferí seguir vivo, señor.

Garrison enrojeció.

Visiblemente.

—Lárguese, Garret. Y pida a Dios que encontremos sanos y salvos a Hiller y su nieta.

Stanley Garret no contestó.

Cansinamente abandonó el *bungalow* cruzándose con los camilleros. También llegó un coche patrulla de la Metropolitan Pólice. Sus uniformados agentes procedían a controlar los curiosos que paulatinamente aumentaban en torno al 1213 de la Leigh Avenue.

Garret se introdujo en el «Chevrolet».

Poco más tarde dejaba atrás Wilkes Boulevard.

Y tres cadáveres.

Los primeros.

No serían los únicos.

Stanley Garret tomó una ducha fría antes de vestir la ropa nueva adquirida en la *boutique* del Seymour Hotel.

Se reunió con Glenn Beckerman en el *snack*.

—Entonces... ¿regresas a San Francisco?

Garret vació el vaso de *whisky*.

Tenía el estómago vacío.

No había almorzado, pero tampoco deseaba tomar alimento alguno.

—No, Glenn. Me quedaré a cumplir la misión que me ha sido encomendada.

—Estás bajo la disciplina de Garrison.

—¡Garrison puede irse al infierno! ¿Qué quería...? ¿Qué me dejara matar? No soy un

G-men

de película que muere con la sonrisa en los labios y escupiendo al villano. Yo he alertado a Garrison de la aparición en escena de Glassware, de Frederic Lloyd...

—Y del fulano del «Mustang».

Garret atrapó la botella de «Johnnie Walker» sirviéndose un segundo vaso.

—Sí, maldita sea...

Quedaron en silencio.

Un silencio que no reinaba en el *snack*.

La piscina, pese a que el sol ya pronto culminaría su descenso, continuaba muy concurrida. Al igual que el *snack*. La *discothèque* del hotel funcionando y pronto lo haría el *night-club* y la sala de juego.

—¡Llamada para el señor Garret...! —vociferaba uno de los botones deambulando por el local—. ¡Llamada para el señor Garret...!

El agente del FBI hizo una seña para que se aproximara.

—¿Señor Garret? Le retenemos una llamada telefónica en la sala de recepción.

Stanley Garret acudió hacia allí dejando a su compañero en el *snack*.

El recepcionista le indicó la cabina.

El

G-men

atrapó el micro.

—¿Sí?

—¿Stanley...?

Garret reconoció la voz.

—Hola, Eddie.

—Hola, muchacho —rió Eddie Hough—. No te ha ido muy bien el día de hoy, ¿verdad?

Garret esbozó una sonrisa.

Aquel Eddie Hough era el mismísimo diablo.

—Ciertamente he tenido algunas dificultades.

—Otros han sufrido peor suerte, muchacho. Sperber, Begley, Karen... y Brad Scheiner.

—¿Quién es ése?

—Le tengo delante de mí. Un tipo joven. Pelo rubio. Ojos azules...

—¡El fulano del «Mustang»!

—Correcto, Stanley. También tiene un «Mustang».

—Escucha, Eddie —dijo Garret con alterada voz—. Reténle ahí. Dime dónde estás y acudiré de inmediato.

—Tranquilo, muchacho. No tengas prisa. Brad Scheiner no se irá de aquí. Los muertos no andan.

CAPÍTULO X

Un apartamento en Knox Street.

Stanley Garret golpeó con los nudillos sobre la hoja de madera. Cinco veces consecutivas.

La puerta se entreabrió.

Apareció el rostro de Eddie Hough que terminó por franquear la entrada. Su diestra, protegida con un pañuelo, sostenía el pomo de la puerta.

—Adelante, Stanley. ¿Viene solo?

—Eso fue lo acordado.

—Sí... Eres de fiar.

El *living* comunicaba con el salón mediante una puerta corredera de doble hoja.

Un salón con mobiliario *standard*.

Muy coquetón.

Sólo desentonaba el cadáver.

El individuo de pelo rubio y ojos azules estaba atado a una silla. Le habían golpeado a placer. Hasta desfigurarle el rostro. Terminaron el trabajo anudándole un alambre al cuello. La lengua asomaba por entre los abiertos labios.

Eddie Hough se dejó caer en el rojo sofá.

Indiferente a la macabra visión.

—Brad Scheiner tenía un pequeño *hobby*. En sus ratos libres trabajaba para el Intelligence Service. Era un agente del Joint Intelligence Bureau británico. Ahora ya puedo decírtelo. Fue el mismo Scheiner quien me informó de la desertión del doctor Hiller del Laboratorio Atómico de Blattysville. Me encomendó que le localizara aquí en Miami.

—¿Cómo llegó a su conocimiento el caso Hiller?

—El hijo de Oscar Kenneth. Éste es uno de los científicos del Laboratorio Atómico de Blattysville. Colaborador de Hiller. El hijo de Kenneth es aficionado a las drogas, al juego y a las mujeres. Necesitaba dinero. Escuchó una conversación de su padre con el FBI. Y vendió tan valiosa información a la embajada británica, a la francesa y a un periodista ruso destinado en Los Angeles. Éste, por supuesto, no publicó la noticia. Prefirió transmitirla a los jefes de la GRU soviética que operan en EE. UU.

—Entonces... agentes del Intelligence Service, del GRU, del SDECE francés...

—Sí, muchacho. Todos tras el doctor Hiller. Entre los *dossiers* figura uno relacionado con el perfeccionamiento de la bomba de neutrones. Eso interesa mucho a los gobiernos europeos y a la OTAN. Son partidarios de utilizarla Alemania occidental, Gran Bretaña..., rechazada por Holanda, Noruega, Francia... Esta última por no estar bajo su control. Ese *dossier*, con toda su importancia, es el menos valioso. Sin contar las muestras del

Nero-X

y el prototipo del «Jimmy-77». Al dejar de ser *top secret* hubo más infiltraciones. Glassware está tras los *dossiers* y Frederic Lloyd ambiciona las armas en experimentación.

—Lo sé.

—Al poco de que Denholm Hiller llegara a Miami se conoció su desertión. Los hombres de Glassware fueron los más rápidos. Le secuestraron. Tal vez en el trayecto del aeropuerto a la ciudad. Me dediqué a investigar a fondo la zona. Mi cliente era Brad Scheiner. No me guardes rencor, Stanley. Scheiner fue el primero en solicitar mis servicios. Esta misma mañana dieron fruto mis pesquisas. Indiqué a Scheiner dónde encontrar a Hiller. El resto ya era trabajo suyo. Le salió bien. Recibí su llamada comunicando que ya tenía a Hiller y su nieta. Me citó aquí, en su apartamento, para entregarme las diez mil libras prometidas.

—Y cuando llegaste estaba muerto.

—Sí. Y lamentablemente no hay rastro de las diez mil libras. También lo siento por él. —Eddie Hough desvió la mirada hacia el cadáver—. Era un buen hombre. Un fulano de palabra.

—¿Dónde está ahora Hiller y su nieta?

—Lo ignoro.

—Ya no tienes cliente, Eddie. Yo contrato tus servicios.

—¿Quién paga? ¿Tú o el Federal Bureau of Investigation?
Garret sonrió.

—Yo no tengo un centavo, pero de seguro llegaremos a un acuerdo con mis superiores. Desde Washington ordenarán que...

—No hay trato. ¿Recuerdas a Anne Sage?

—¿Quién?

—La chica del vestido rojo que traicionó a Dillinger. El FBI le prometió a Anne que no sería deportada y la suma de diez mil dólares. ¿Qué ocurrió? Fue enviada a Rumanía y sólo recibió cinco mil.

—Eran otros tiempos, Eddie. Métodos de Hoover.

—¿Son ahora mejores? ¿Quieres que hable del informe Warren sobre el asesinato de Kennedy? ¿O prefieres que...?

—¡Maldita sea, Eddie! ¿Qué pretendes? ¿Qué diablos quieres?
Hough sonrió.

De uno de los bolsillos extrajo una pastilla de *chewing gum* que llevó a la boca.

—Nada, muchacho. No confío en el FBI, pero sí en ti. No tienes dinero, ¿verdad?

—Mis ahorros dudo que lleguen a los diez mil dólares.

—Entonces te cederé la información por amistad. Más valiosa que el dinero. Puede que algún día me devuelvas el favor. Ignoro dónde está Hiller y su nieta, aunque deduzco que Scheiner los llevó a su yate. *Lark*. Una pequeña embarcación amarrada en el Mariam Yacht Club.

—Gracias, Eddie.

—¿Qué hago con el cadáver?

—Una llamada anónima a la policía. Apuesto que no es la primera vez que lo haces.

—Seguro.

Garret se encaminó hacia la puerta.

—Eh, Stanley... Si encuentras un paquete conteniendo diez mil libras no olvides que es mío.

El

G-men

sonrió.

Fríamente.

—Lo tendrás, Eddie.

CAPÍTULO XI

En uno de los puntos de amarre del Mariam Yacht Club se encontraba el *Lark*.

Un pequeño yate mixto de motor y a vela.

Stanley Garret saltó a la embarcación.

No había nadie en cubierta.

Encaminó sus pasos hacia la escotilla de proa descendiendo la escalinata. Descubrió la cabina dormitorio.

Cerrada con llave.

Garret cargó sobre la frágil puerta haciendo saltar el cierre.

En el interior de la reducida estancia se encontraba Hiller y Lorraine. Atados y amordazados.

El agente del FBI sonrió ante el brillo de alegría que asomó a los ojos de Lorraine. Denholm Hiller, por el contrario, permaneció impasible. Ajeno a la aparición del *G-men*.

—Hola, Lorraine. Día de emociones, ¿eh? —comentó Garret procediendo a liberar a la joven—. ¿Te encuentras bien?

Lorraine se frotó las muñecas mientras abría y cerraba la boca.

—Sí..., no nos hizo ningún daño... Era un agente del Intelligence Service británico.

—Lo sé. —Garret desató al anciano—. ¿Cómo sigue el bravo Buitre Floreado?

Hiller le dirigió una perpleja mirada.

—¿Qué te ocurre, hijo? ¿Estás loco? ¡Soy el gran Denholm Hiller! ¡El más poderoso de los magnates del petróleo de Texas!

Garret desvió la mirada hacia la muchacha.

Los ojos de Lorraine se llenaron de lágrimas.

—Ahora es propietario de pozos de petróleo. Cambia de

personalidad una y otra vez.

—Al menos recuerda su nombre. Puede que consiga sonsacarle dónde guardó los...

—Demasiado tarde —interrumpió Lorraine.

—¿Qué quieres decir?

—Ese hombre... Brad Scheiner... Muy inteligente. Nos condujo hasta aquí. Almorzamos tranquilamente, me proporcionó un vestido... Con hábil conversación se fue ganando a mi abuelo. Aprovechando sus momentos de lucidez. Mi abuelo terminó por confesar que había guardado un maletín en la consigna del Miami International Airport. La llave la había introducido en un sobre y depositado en la estafeta del mismo aeropuerto. Scheiner se dio por satisfecho. Sin duda tenía medios para apoderarse de ese sobre y abrir el maletero de consigna.

—Por supuesto —dijo Garret con visible irritación—. No le sería difícil.

—Era un hombre muy inteligente.

—No del todo, Lorraine. Se dejó matar.

La muchacha agrandó los ojos.

Una tenue palidez se adueñó de sus facciones.

—¿Está...?

—Sí, Lorraine. Muerto. Le torturaron. Los *dossiers*, el Nero-X, el «Jimmy-77»... está ahora en otras manos. Sin duda, dado el *modus operandi*, en las de Frederic Floyd. Un fabricante ilegal de armas. Un tipo sin escrúpulos.

—¡Eh, hijo...! No recuerdo tu nombre...

Garret dirigió una comprensiva mirada al anciano.

—Stanley, abuelo.

—Ah, sí... Mi fiel secretario Stanley. Necesito algo de dinero. Vamos a jugar a la ruleta.

—Seguro. Salgamos de aquí.

Denholm Hiller se aferró a uno de los camastros.

—¡Quiero dinero! ¡No me iré sin dinero!

—¡Está bien, maldita sea! —Garret rebuscó en los bolsillos juntando varias monedas—. ¡Toma y cierra la boca!

—¿Olvidas quién soy? ¡Con eso no pago ni al limpiabotas!

Garret apretó las mandíbulas.

Próximo a perder la paciencia.

—¿Cuánto quieres?

—Creo que hoy es mi día de suerte. No necesitaré mucho. Con un millón de dólares será suficiente.

—Un millón, ¿eh?

—Eso es, hijo.

—Bien, abuelo. No llevo encima esa ridícula cantidad. ¿Por qué no vamos al hotel? Allí está su caja fuerte.

—¡Yo quiero jugar a la ruleta! ¡Soy Denholm Hiller, el magnate del petróleo! Mi poder es grande. ¡A una orden mía liquidaron a Kennedy!^[3].

—Lo sé, abuelo. Nos jugaremos ese millón de dólares en la ruleta del hotel.

—¿Hay chicas guapas? ¿Con grandes senos?

—Te están esperando con los brazos abiertos.

Hiller dejó de aferrarse a los barrotes.

Sonrió.

—Me gustan las mujeres de grandes...

—¡Quietos! —dijo súbitamente una voz—. ¡Un movimiento sospechoso y disparo!

Un individuo apareció portando en su diestra una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón.

Tras él otro hombre.

De enteca figura y rostro blanquecino.

—Ahí le tiene, jefe —dijo el primero de ellos—. Ya hemos dado con el maldito viejo.

—Eh, amigos... —sonrió Garret con aparente indiferencia—. Esto es demasiado pequeño. ¿Por qué no salimos a un lugar más amplio?

—¿Quién eres tú?

—Stanley Garret, agente del FBI.

—Líquídale, Herbert.

Herbert, el de la «Super-Star», adelantó levemente el arma.

—Yo no lo haría, Lloyd.

—¿Me conoces?

Garret contempló despectivo el blanquecino rostro del individuo.

—Seguro. Tu ficha ocupa un puesto de honor en nuestros

archivos. Si muero perderás para siempre el Nero-X y el «Jimmy-77».

—¿Acaso lo tienes tú?

—Sí.

—Otro tipo listo —rió Frederic Lloyd—. Al igual que Scheiner. Yo no fui a la universidad, pero os demostraré que soy el mejor. Yo haré hablar a Hiller. Poco importa que esté loco. Después de mi... tratamiento será una ruina humana.

—Has llegado tarde, Lloyd. El viejo entregó todo a Scheiner.

El pálido rostro de Frederic Lloyd se transfiguró enrojeciendo con intensidad. Llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Arrojó al suelo varios folios. Escritos en clave.

—¡Ahí tienes lo que consiguió Scheiner de la consigna del aeropuerto! Ese maldito viejo se burló de él, pero yo haré que escupa la verdad.

—Están en clave —comentó Garret inclinándose para recoger uno de los folios.

—¿En clave? ¡Ha utilizado el «Bossuat»! Un sistema criptográfico de finales del siglo XIX. De ahí que de inmediato lo hayamos descifrado y descubierto el engaño.

—Hiller no tiene por qué saber otros sistemas más complicados ni utilizar un criptógrafo. Puede que aquí estén condensados los *dossiers* que...

—No, Garre. En esas hojas sólo hay escrito pasajes de la Biblia.

El

G-men

parpadeó.

—¿De la Biblia?

—Ya basta de perder el tiempo. Herbert... acaba con él y empecemos con el viejo.

Herbert apretó el gatillo de la «Super-Star».

CAPÍTULO XII

Disparó.

Sin apuntar.

Instintivamente al verse atacado por Garret.

El agente del FBI, adelantándose a los acontecimientos, arrojó las cuartillas al rostro de Herbert abalanzándose sobre el individuo. Le aferró el brazo armado golpeándole la mano contra la pared.

Fue entonces cuando Herbert apretó el gatillo.

Una detonación semejante al descorchar de una botella de champaña, aunque menos alegre.

Stanley Garret, sin soltarle la muñeca, aplicó un brutal rodillazo al bajo vientre.

Herbert se inclinó aullando de dolor.

Sus gritos fueron cortados al recibir un segundo impacto. El hombre del FBI proyectó su cabeza contra el rostro de Herbert escuchándose un siniestro sonido de huesos rotos.

Herbert se desvaneció sangrando por nariz y boca.

No llegó a caer.

Garret le sujetó con la mano.

Para impulsarle contra Frederic Lloyd. Éste ya empuñaba un revólver. Disparó. Dificultado por Herbert. El proyectil se perdió hacia el exterior de la cabina dormitorio.

Los tres cayeron aparatosamente.

Garret, Lloyd y el desvanecido Herbert.

En la reducida estancia de la cabina.

Entre los gritos de Lorraine y las carcajadas de Denholm Hiller que aplaudía entusiasmado por la emoción de la escena.

Lloyd empuñaba un revólver de pequeño calibre.

Un peligroso juguete.

Sí.

Muy peligroso.

Se percataría de ello en el Más Allá.

En su porfiar con el agente del FBI disparó el arma. La detonación quedó muy amortiguada.

Frederic Lloyd desorbitó los ojos reflejando en su rostro una mueca de dolor e incredulidad. El estupor de su mirada se fue eclipsando por las tinieblas de la muerte.

Garret se incorporó.

Escuchó unos precipitados pasos sobre cubierta.

El

G-men

llevó su diestra a la funda sobaquera apoderándose del revólver. Salió al pie de la escalinata.

Justo en el momento en que asomaba un individuo por la escotilla.

Dispararon al unísono.

Stanley Garret se ladeó instintivamente. El fogonazo le hizo cerrar los ojos. Al abrirlos vio caer al individuo escaleras abajo. Con una bala del treinta y ocho entre ceja y ceja.

Garret saltó sobre el cadáver subiendo a cubierta.

No había nadie más.

Un negro «Ford» estaba estacionado a poca distancia del punto de amarre, pero ningún otro ocupante.

El agente del FBI retornó a la cabina dormitorio.

Sorteando los cuerpos del individuo de la escalera, de Lloyd y Herbert.

—Salgamos de aquí.

—Lo estoy deseando —murmuró Lorraine con trémula voz—. Vamos, abuelo...

Denholm Hiller rió cascadamente.

—Esto me recuerda a El Alamo. Yo estaba allí con el general Travis, Bowie...

—Luego nos lo cuentas. —Garret empujó al anciano escaleras arriba—. Esperarme en cubierta. De inmediato me reúno con vosotros.

Dedicó unos minutos a inmovilizar a Herbert y recoger los folios escritos en clave.

Junto con Lorraine y Hiller acudieron al «Chevrolet».

El

G-men

se demoró unos minutos más en el «Ford». Salió del vehículo portando un voluminoso sobre.

Se acomodó frente al volante del «Chevrolet».

Encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

—Stanley..., ¿a qué esperamos?

Garret sonrió.

Desvió la mirada hacia el asiento trasero donde se acomodaban Lorraine y su abuelo.

—Estoy pensando, Lorraine. ¿Aviso al inspector Garrison? ¿Acudo a nuestras oficinas? ¿Al Seymour Hotel...?

—¡Quiero el millón de dólares para jugar a la ruleta! ¡Quiero ir con muchachas de grandes...!

—Sí, abuelo, lo sé —interrumpió Garret pacientemente—. Ahora vamos... ¡Maldita sea! Poco importa lo que decida. De seguro seré recriminado.

—Tus superiores te felicitarán, Stanley. Has conseguido localizar a Hiller sano y salvo.

—No les conoces bien, Lorraine. En fin... Vamos al hotel. Empiezo a tener hambre.

El trayecto hasta el Seymour Hotel se realizó sin contratiempos. Sólo los originados por el tráfico que, en aquellas primeras horas de la noche, empezaba a ser intenso.

El «Chevrolet» quedó en el *parking* subterráneo del hotel.

Para evitar las miradas de posibles curiosos utilizaron uno de los montacargas de servicio que les condujo a la séptima planta.

—¿Tienes la llave de tu habitación, Lorraine?

—No. Quedó en recepción.

—No importa. —Garret rebuscó en los bolsillos—. Yo sí la tengo. Entraremos por mi habitación. Esperar unos segundos...

El

G-men

acudió a la puerta señalizada con el número 715.

Golpeó la hoja.

Sin recibir respuesta.

Lógicamente Glenn Beckerman no se encontraba allí.

¿A quién diablos iba a vigilar?

Volvió sobre sus pasos.

—¿Tienes hambre, Lorraine?

—No... Scheiner nos sirvió un succulento almuerzo.

Garret cerró tras de sí.

—Pues yo no he probado alimento en todo el día. ¿Y tú, abuelo?

¿Quieres comer algo?

—Yo quiero jugar...

—Jugar a la ruleta y mujeres de grandes pechos.

—Sí..., sí... eso... —asintió Hiller moviendo repentinamente la cabeza—. A ser posible con un lunar en el izquierdo.

Stanley Garret atrapó el teléfono de la antesala.

Ante la sorpresa de Lorraine, su primera llamada no fue para contactar con sus superiores.

Solicitó comunicación con el servicio de restaurante del hotel.

Sí.

La plaza en Alaska ya era segura.

* * *

Stanley Garret culminaba su cena con una copa de «Courvoisier» cuando apareció Burt Garrison. Acompañado de Beckerman.

Los dos hombres del FBI contemplaron perplejos la escena.

El SAC fue el primero en reaccionar.

Precipitándose sobre Denholm Hiller.

—¿Se encuentra bien, doctor Hiller? ¿Le han hecho algún daño?

El anciano arrugó la nariz.

—¿Quién es este fulano? ¡Qué se largue...! ¡Quiero...!

—Tranquilo, abuelo —dijo Garret palmeando la espalda del anciano—. Es un amigo.

Garrison parpadeó repetidamente.

—¡Garret...! ¿Cómo se atreve a tratar con esa familiaridad al doctor Hiller? ¡Al más ilustre de nuestros científicos!

—El más ilustre de nuestros científicos es en este momento un magnate del petróleo con el único deseo de jugar a la ruleta y disfrutar de la compañía de mujeres de grandes senos.

El SAC se dejó caer en el sofá de la antesala.

—¿Dónde está la señorita Hiller?

—En su habitación. Cambiándose de ropa.

—Informe muy detenidamente de lo ocurrido, Garret —dijo Garrison esforzándose en mantener la calma—. Su llamada no fue muy explícita.

Garret vació la copa de *brandy*.

—No encontré a Beckerman y di aviso en recepción para que se comunicara conmigo cuando llegara. También llamé a las oficinas...

—Quiero una explicación detallada de todo.

—Sí, señor.

Stanley Garret narró lo sucedido desde su salida del *bungalow*, aunque ocultando algunos datos.

—¿Quién fue su informador?

—No recuerdo su nombre.

—¿De veras? Sólo hay un hombre en Miami capaz de eso. Eddie Hough. Un tipo que merecía estar entre rejas.

—Gracias a él sabemos que fue el hijo del doctor Kenneth quien pasó la información. También fue Hough quien me condujo hasta Denholm Hiller.

—Sí. Después de pactar con el Intelligence Service. Bien, Garret. Creo que va a necesitar mucho tiempo para redactar su informe por escrito. Me pondré en contacto con la embajada británica para solucionar diplomáticamente la muerte de Brad Scheiner. También acudiré al *Lark*. Quiero solucionar todo esta misma noche. Mañana saldrá con el doctor Hiller hacia San Francisco en un avión privado.

—¿Ésas son las órdenes, señor?

Garrison se incorporó.

Dirigiendo a Garret una dura mirada.

—Son mis órdenes. ¿No las considera correctas?

—Bueno..., lo más importante queda sin solucionar. Los *dossiers*, el Nero-X, el «Jimmy-77»...

—Según su informe sigue todo donde Hiller lo dejó, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues en San Francisco un grupo de psiquiatras especializados hará hablar al doctor Hiller.

—No lo dudo, señor; pero entonces puede ser ya demasiado

tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Denholm Hiller es un científico. Sabe cómo manejar el Nero-X.

Puede hacer detonar las esferas como si se tratara de una bomba de relojería. Sería más conveniente sonsacarle aquí.

—¡Oh, muy bien! Adelante, Garret —sonrió el SAC con sarcasmo—. Estará toda la noche custodiando al doctor Hiller. Hable con él. Su plazo termina mañana. ¡En el momento de tomar el avión hacia San Francisco!

Garrison recogió los folios escritos en clave.

Los tendió a Beckerman.

—Lleve esto a nuestras oficinas. Quiero el informe dentro de una hora —giró nuevamente hacia Garret—. No salga de aquí, Garret. Ni usted ni el doctor Hiller. Bajo ningún concepto. Fue un error traerle aquí.

Garrison y Beckerman abandonaron la estancia.

Stanley Garret se reclinó en el sofá.

Encendió un cigarrillo.

Con una amarga mueca en el rostro.

Ni la aparición de Lorraine luciendo un seductor vestido logró animarle.

—Toma asiento, Lorraine. Va a ser una larga y aburrida velada, aunque te aconsejo que te retires a descansar. Mañana a primera hora salimos hacia San Francisco.

—¿Ya han encontrado...?

—No. En algún lugar de Miami está el Nero-X,

el «Jimmy-77», los *dossiers*... Tal vez amenazando la ciudad.

—Las esferas..., las tres esferas —rió Hiller—. Forman parte de mi equipaje.

Garret dio un respingo.

Se inclinó sobre Hiller.

—Oye, abuelo..., ¿dónde están?

—¿Quién?

—¡Las esferas! Esas tres esferas...

—En un maletín. Son mías. Un juguete.

El

G-men

tragó saliva.

Forzó una sonrisa.

—No te las quiero quitar, abuelo. Sólo guardarlas en un lugar más seguro.

—Eres un embustero, hijo. No haces más que mentir. ¿Qué hay de la ruleta? ¿Dónde están las chicas de grandes senos?

—Luego, abuelo, luego. Después de coger el maletín, ¿eh?

Denholm Hiller chasqueó la lengua.

—No. Primero las chicas y la ruleta. Después iremos a por el maletín y el resto de mi equipaje.

Stanley Garret se incorporó aplastando el cigarrillo.

—En marcha.

—¿Adónde vamos, Stanley? —interrogó Lorraine.

—¿Dónde? ¡A jugar a la ruleta, maldita sea!

CAPÍTULO XIII

La sala de juego del Seymour Hotel era de reducidas dimensiones. Tan sólo mesa de ruleta, dados y máquinas tragaperras.

La aparición de Denholm Hiller animó la reunión.

En menos de quince minutos había perdido tres mil dólares. Con una sonrisa en los labios. Impasible. Como un perfecto magnate del petróleo.

Garret y Lorraine le contemplaban desde la barra del bar.

—Ya pronto terminará con todo mi dinero —se lamentó Garret —. ¿Cuánto tienes tú, Lorraine?

—Aquí en el bolso unos quinientos En la habitación...

Denholm Hiller lanzó en ese momento un auténtico grito tejano. Había logrado un pleno.

—Parece que ha cambiado su suerte.

Lorraine asintió con una sonrisa.

—Seguro. Fíjate en la mujer que está a su lado. Esa que le abraza ahora...

Garret también sonrió.

—Sí... Justo a su gusto.

Una mujer saltaba junto a Hiller.

Jubilosamente abrazados.

Los pequeños saltos de la mujer tenían gran suspense.

¿Aguantaría el vestido?

En verdad resultaba difícil que la fina tela soportara los voluminosos senos femeninos generosamente al descubierto por el audaz escote. Cuando uno de los tirantes del vestido se deslizaba, los ojos del *croupier* también parecían salirse de las órbitas.

Denholm Hiller llegó al mostrador con las manos repletas de fichas.

—¡Eh, hijo...! Guárdame esto. Voy a celebrarlo con Janice.

Garret le retuvo por el brazo.

—Abuelo..., ¿qué hay del maletín?

—¿El qué...? Ah, sí... Más tarde. Ahora voy a ventilarme una botella de champaña con Janice.

—No, abuelo. Dime dónde está el maletín o se acabó la fiesta. Tú puedes seguir aquí mientras yo voy a buscarlo, ¿de acuerdo?

Hillerladeó la cabeza.

La exuberante mujer le hacía señas desde la mesa de ruleta. Con una amplia sonrisa en sus gordezuelos labios.

—De acuerdo, hijo. Mi equipaje está en el 746 de Smight Road. En la casa de Patricia Persoff. Una amiga de la infancia. La conocí mientras se bañaba en el Río Grande.

Garret dudó.

Puede que aquello fuera un nuevo desvarío de Hiller.

El anciano se zafó del agente del FBI retornando veloz junto a la escultural Janice.

—¿Qué opinas, Lorraine?

—No sé, Stanley. Jamás le oí mencionar a esa amistad de la infancia, aunque debo reconocer que mi abuelo no era dado a confidencias.

—Espera aquí, Lorraine. Voy a comunicar con nuestras oficinas en Miami. Haré que investiguen en ese domicilio. No pierdas de vista al abuelo.

Garret abandonó la sala de juego.

Antes de llegar a recepción se cruzó con Glenn Beckerman.

—¡Stanley! ¿Te has vuelto loco? El director del hotel acaba de informarme que estás en la sala de juego. No podía creerlo. Si el inspector...

—Dejemos eso ahora —cortó Garret—. Iba a llamarte. Creo que hemos localizado el Nero-X.

—¿Dónde está el doctor Hiller?

—En la sala de juego.

—Vamos allí, Stanley. Has cometido una grave imprudencia al dejarle solo.

—Está con Lorraine.

—Sí. Y también el Seymour Hotel repleto de espías. Al investigar

a cada uno de los clientes sospechosos hemos descubierto agentes extranjeros. Todos con cita en Miami y no precisamente para veranear.

Llegaron a la sala de juego.

Lorraine corrió hacia ellos.

—¡Stanley...! Ha desaparecido..., mi abuelo ha desaparecido...

Garret palideció.

Trazó una nerviosa mirada por la sala.

—¿Cómo...? ¡Maldita sea...!

—Fue en cuestión de segundos —sollozó Lorraine—. Un hombre tropezó conmigo tirándome el bolso. Me lo devolvió amablemente. Cuando volví la mirada hacia la mesa de ruleta, el abuelo ya no estaba.

—Y tampoco la mujer.

—¿Qué mujer, Stanley? —inquirió Beckerman.

—Una conquista del abuelo.

—Una mujer alta, pelo negro, pómulos salientes, voluminosos senos...

—Sí. ¿La conoces?

Beckerman asintió.

Con pálido rostro.

—Sí, Stanley. Se inscribió en el hotel con el nombre de Janice Bishop, aunque su verdadero nombre es Wanda Melnikov. Agente de la GRU soviética.

CAPÍTULO XIV

El «Buick» permanecía estacionado frente al 746 de Smight Road. Una casa de la ciudad vieja. Con amplia escalera que conducía a la entrada principal.

La mujer introdujo la última maleta en el portaequipajes del «Buick».

—¡Eh, Janice! —llamó Denholm Hiller asomando la cabeza por la ventanilla—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, querido.

Janice Bishop protegía su audaz escote con una corta capa anudada al cuello.

Se situó frente al volante.

Junto al eufórico Hiller.

—¿Nos largamos a Texas, nena?

—Tal vez un poco más lejos...

Súbitamente apareció el «Pontiac».

A gran velocidad.

Con estridente maniobra de frenos se atravesó en la calzada cortando el paso al «Buick».

Janice quiso dar marcha atrás, pero ya Stanley Garret había saltando del «Pontiac» precipitándose hacia la mujer.

Abrió la portezuela.

—No lo hagas, Janice —dijo el

G-men

llevando significativamente su diestra a la funda sobaquera—. ¿O debo llamarte Wanda?

La mujer sonrió retirando la mano del salpicadero. Dejando allí la pistola de cachas de marfil.

—Como gustes, amor. Tengo doble nacionalidad.

—Perfecto. Baja, Janice. Mi compañero Glenn te llevará a disfrutar de la bella noche de Miami.

La mujer obedeció.

La abertura lateral del vestido mostró unos esbeltos muslos con un bronceado no adquirido en Siberia.

Pasó al «Pontiac» donde la esperaba Glenn Beckerman con la portezuela abierta.

Garret se acomodó junto al anciano.

—¡Maldita sea! ¡Yo quiero...!

—Lo sé, abuelo —sonrió Garret iniciando la marcha—. Prefieres la compañía de Janice.

—¡Seguro!

—La fiesta ya ha terminado por hoy. Janice se encuentra algo indisputada.

—¿No estará embarazada? —se interesó Hiller—. Si los análisis resultan positivos no ocultaré mi responsabilidad. Soy un caballero del Sur. Combatí gloriosamente junto al general Lee. Ni tan siquiera en el desastre de Gettysburg...

Garret encendió un cigarrillo.

Permitiendo que Hiller continuara su larga parrafada. En su nueva faceta de caballero confederado.

El «Buick» fue discretamente escoltado por dos vehículos.

En uno de ellos el inspector Garrison.

El aviso de Glenn Beckerman por radio había movilizó a todos los agentes del FBI dedicados al caso Holler.

Ningún problema más.

Llegaron sanos y salvos a la delegación del FBI en la ciudad de Miami.

Un grupo especialista se hizo cargo del valioso equipaje de Denholm Hiller. Éste, acompañado de Garret, fue introducido en uno de los despachos.

Minutos más tarde se reunía con ellos el inspector Garrison.

Descubrió a Garret consultando unos papeles depositados sobre la mesa escritorio.

—Pasajes de la Biblia —comentó Garret forzando una sonrisa—. ¿Esto es lo que había escrito en clave?

El SAC se situó tras la mesa escritorio.

—Sí. Párrafos de la Biblia que hablan de paz y de amor.

Simplemente eso.

—¿Qué hay del equipaje?

—Todo en orden. El

Nero-X,

y el «Jimmy 77», los *dossiers*... No falta nada. Acabo de interrogar a la señora Patricia Persoff. Insertó un anuncio en el periódico alquilando una habitación a caballero de avanzada edad. Denholm Hiller respondió telefónicamente desde San Francisco girando cien dólares como anticipo, con la condición de que acudiera alguien al Miami International Airport para hacerse cargo del equipaje. La señora Persoff envió a su hijo. Hiller acudiría más tarde, pero sin duda fue entonces raptado por Glassware.

—¿Y esos escritos en clave en consigna?

—Para despistar a sus seguidores. Tal vez la primera personalidad adoptada por el doctor Hiller fue la de un psicópata que deseaba destruir Miami. Afortunadamente para todos cambió a...

—Indio sioux.

Garrison no correspondió a la sonrisa de su subordinado.

—Puede retirarse, Garret. Preséntese a las ocho de la mañana en el aeropuerto. Acompañado de la señorita Hiller.

—En marcha, abuelo.

—¡Maldita sea! —Garrison golpeó la mesa rojo de ira—. ¡El doctor Hiller se queda aquí! ¡Bajo mi responsabilidad! ¿Acaso cree que puedo confiar en usted?

—Yo...

—Fuera de aquí, Garret. Un médico se hará cargo ahora mismo de los cuidados de Denholm Hiller y le suministrará medicamento adecuado para su descanso.

El anciano, ajeno a la conversación, seguía con la mirada las evoluciones de una mosca.

El

G-men

abrió la puerta del despacho.

—Un momento, Garret... Voy a dedicar gran parte de la noche a redactar un informe sobre su actuación. Quiero aclarar algunas dudas. He interrogado a Herbert. Confesó que sus compañeros liquidaron a Brad Scheiner arrebatándole lo que ellos consideraban

de gran valor. También se llevaron un sobre conteniendo diez mil libras esterlinas. Quedaron en el auto, pero mis hombres no encontraron ese sobre.

—Las hice llegar a Eddie Hough por mediación de uno de los botones del Seymour Hotel.

Garrison bizqueó.

—¿Cómo dice...?

—Ese dinero pertenecía a Hough, señor. Fue el pago convenido con Scheiner. Yo le prometí que...

—Lárguese, Garret... Fuera de aquí.

—Sí, señor.

Stanley Garret abandonó el despacho.

La vida nocturna de Miami estaba en pleno apogeo. Los capitalistas de voluminosa barriga se desprendían de sus dólares a manos llenas. Acompañados de bellas muchachas que sonreían hipócritamente. Alegría y diversión en los *night-clubs*.

Garret empezó a sentir náuseas.

EPÍLOGO

Alaska.

Capital, Juneau. Sus ciudades más importantes son Ketchikan, Sitka, Seward, Anchorage y Fairbanks. El resto de la población se limita a campamentos mineros, estaciones de pesca y pequeñas misiones. Lo demás es una espantosa soledad. El clima no es uniforme, aunque predomina el frío. Con temperaturas extremas de cincuenta y seis grados bajo cero a los treinta. Alaska está situada al margen del mundo...

Stanley Garret dejó a un lado los folletos al oír el llamador de la puerta.

Acudió al *living*.

—Hola, Stanley...

—¡Lorraine...!

La muchacha le echó los brazos al cuello. Entreabrió los labios para que Garret los sellara con un beso.

—He pensado mucho en ti, Stanley. Desde que nos despedimos en el aeropuerto de San Francisco...

—De eso ya hace cuatro semanas. Mucho tiempo, Lorraine...

Pasaron al salón.

Entrelazados.

—Sí, Stanley. Traté de comunicarme contigo llamando al FBI; pero allí no estabas. Me informaron de tu domicilio.

—Me concedieron un mes de permiso.

—Te felicito, Stanley. Aunque el caso no pudo ser divulgado por la Prensa, tú eres el verdadero héroe.

Garret hizo una mueca.

—¿Quieres beber algo?

—Cualquier cosa. —Lorraine se dejó caer en el sofá—. Mi abuelo

te invita mañana a almorzar. Una reunión íntima. Tú, él y yo. Ya se encuentra perfectamente bien.

—Lo sé. Ayer vi por televisión su discurso de despedida. Su retiro voluntario de toda actividad científica. Fue un verdadero alegato contra la violencia y en defensa de la paz mundial y el desarme.

—El no recuerda nada de sus andanzas por Miami, pero se las he contado una y otra vez. Tenías que oír sus carcajadas. Está deseando... conocerte.

Garret se acomodó junto a la muchacha.

—Oye, Stanley... Este mes lo he dedicado a permanecer con mi abuelo ayudando a su recuperación. ¿Por qué no disfrutamos juntos tu permiso?

—Termina dentro de dos días.

—Bueno. Dos días. Luego nos veremos con más frecuencia. Si tú lo deseas...

—Dentro de dos días abandono California. Me han destinado a Alaska.

Lorraine movió repetidamente sus largas pestañas.

—¿Es..., es una broma?

—Es el premio a mi labor en Miami.

—Pero... ¡eso es injusto! ¡Tú solucionaste el caso! ¡Tú recuperaste sano y salvo a mi abuelo!

—Eso no lo niegan mis superiores, Lorraine; pero no aprueban mis métodos. No te preocupes por mí. Llevaré ropa de invierno.

—¡Oh, Stanley...!

La joven se arrojó en brazos del

G-men.

Garret la reclinó en el sofá besando nuevamente los carnosos labios femeninos. Jugueteó con los botones superiores de la blusa blanca.

—Lorraine..., tenemos dos días, ¿no?

—Tal vez alguno más.

—¿Qué quieres decir?

—Yo quiero tomar realmente unas vacaciones —susurró Lorraine con sensual voz—. ¿Por qué no en Alaska? Te ayudaría a combatir el frío.

—No consentiré que...

Garret no pudo seguir hablando.

Sus labios quedaron aprisionados por los de Lorraine.

En apasionado beso.

En caricias más ardientes.

Volcánicas...

Sí.

Con Lorraine como compañera poco importaban los 56 grados bajo cero de Alaska.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.

Notas

[1] Special Agent in Charge: Agente Especial Encargado. < <

[2] «Chinches parlantes». Argot para designar los micrófonos ocultos. < <

[3] Una de las hipótesis sobre el magnicidio fue la del complot de magnates del petróleo tejanos. < <